

COLECCIÓN  
QUILOAZAS

# ¡BIENVENIDOS A MIAMI!

FRAGMENTOS DE UN  
DIARIO DE LA HABANA

• • •

IGNACIO IRIARTE



**VERA** editorial cartonera

**¡BIENVENIDOS A MIAMI!**  
FRAGMENTOS DE UN  
DIARIO DE LA HABANA



**¡BIENVENIDOS A MIAMI!**  
FRAGMENTOS DE UN  
DIARIO DE LA HABANA

COLECCIÓN  
**QUILOAZAS**

• • •

IGNACIO IRIARTE



**VERA** editorial cartonera

a Rocío, Grisel y Julia  
a Jamila, Omar, Víctor, Ahmel, Cirenaica,  
Niurka, Lisandra y César  
a R. y M.  
a Ana Eichenbronner y Zule  
por ser personas tan grandiosas

## ¡BIENVENIDOS A MIAMI!

•••

Cuando uno llega en avión de noche, lo que impresiona de las ciudades es la luz. Pareciera que todos se pusieron de acuerdo para encender la mayor cantidad de foquitos y hablarle de esa forma al cielo. La Habana es lo contrario: se ven solo unos manchones de luz diseminados como pequeños pueblos que por alguna razón decidieron juntarse. Cuando estamos por aterrizar, el piloto tiene un lapsus que hace reír a los pasajeros, casi todos cubanos: «¡Bienvenidos a Miami!».

En el aeropuerto me espera el taxista con un cartel que dice «Ignacio». Durante el viaje confirmé la parquedad de los cubanos que hasta ahora conocí. El viaje es largo pero el taxista rompe el silencio una sola vez para preguntarme cuánto tiempo me quedo. «¡Tres meses!» me dice. «Va a satisfacer las ganas de estar en Cuba». En parte el taxista tiene razón. Estudié la cultura cubana desde hace muchos años y hasta ahora nunca había estado acá. Vengo a investigar el modo en que los diarios y las revistas culturales trataron los cambios y la disolución de la URSS, entre 1986 y 1991. Pero a la vez puede que el taxista se equivoque. Me preocupa que la institución que financia mi viaje todavía no sabe cómo depositar el salario en un banco cubano. En el bolsillo tengo mil dólares que me alcanzan para tirar unos veinte días. Pienso esto mientras me dedico a mirar la noche que pasa por la ventana, cortada cada tanto por alguna luz perdida.

Vamos a Centro Habana, a la esquina de Jovellar y Hospital, a unas cuadras del mar, donde tengo alquilada una habitación. En la puerta me espera R., el dueño de la casa, un hombre de unos 60 años parecido a Leonard Cohen. Apenas lo saludo me doy cuenta de que se trata de alguien que encajaría en cualquier rincón del planeta. El edificio tiene dos pisos y la casa de R. queda en el segundo. Subimos las escaleras, muy largas porque los techos son altos. Me muestra la habitación que tiene baño privado, heladera, televisión y aire acondicionado. Y el balcón que da a la esquina. Descubro enfrente un edificio igual al de R., pero derrumbado. En esa ruina resisten algunas paredes de la planta baja y algunas columnas del segundo piso. El resto es una montaña de escombros que desbordan a la calle. En La fiesta vigilada, Antonio José Ponte dice que La Habana es una ciudad bombardeada durante una guerra que nunca ocurrió. Apenas una hora después de aterrizar me doy cuenta de lo exacto de esa observación.



28 DE ABRIL

## **UNA REVOLUCIÓN DEL DINERO**

• • •

Para el lector de Ponte que no conoce La Habana la frase sobre la ciudad bombardeada puede llevar a teorías sofisticadas. Pero la realidad se impone de manera más directa: Centro Habana y parte de La Habana Vieja, a excepción de algunas calles y edificios cuidados, están en ruinas. Hay manzanas enteras con las fachadas destruidas por los años. Hay que esquivar escombros y al levantar la vista uno descubre los hierros oxidados que salen fuera de la mampostería. Muchas de las plantas altas de los edificios, de dos o tres pisos, están desmantelados. De las grietas de las paredes crecen arbustos, como si la naturaleza se volviera a apropiarse de lo que la ciudad le arrebató. La Habana demuestra la idea de Georg Simmel sobre las ruinas: el hombre construye edificios porque quiere elevarse al cielo mientras que la naturaleza busca derrumbarlos imponiendo la fuerza de la gravedad.

Muchos de los edificios que están en pie se convirtieron en conventillos. Me asomo por las puertas abiertas y descubro que hicieron una casa en lo que era el hall de recepción. En un pasillo estrecho y húmedo veo ropa colgada. En La Habana, estas edificaciones dentro de otras reciben el nombre popular de barbacoas, concepto que también utilizan urbanistas y escritores. Los edificios de dos pisos como el de R. se construyeron en el siglo XIX con los techos muy altos para paliar el calor. Ahora que la migración se

agolpa en La Habana, ese espacio se puede aprovechar haciendo una barbacoa: se puede colocar un entrepiso para hacer dos habitaciones, o bien una casa entera.

El hacinamiento debe ser el responsable de otra de las características del barrio: la gente vive en la calle. Están todo el día ahí, vendiendo fruta, comida o bebidas en carros o quioscos improvisados en las ventanas de las casas. ¿Tu habitación da a la calle? Algo se puede vender por ahí. ¿El edificio tiene un hall para la escalera? El lugar se puede convertir en una pizzería, negocio que prolifera por todos lados. Alrededor de las ventanas hay personas que compran, otros están sentados en el cordón, más allá un grupo juega al béisbol con un palo de escoba y una tapita de coca cola. Todos viven en la calle, a los gritos. Se pelean, se saludan, se gritan de esquina a esquina, pasa uno que vende tamales, otro galletitas, el de más allá empuja un carro de frutas, otro tiene un montón de botellas con jugos de colores. Todos hablan a los gritos.

En este primer día decidí ir a la casa de José Lezama Lima que está en Centro Habana, a unas cuadras de Paseo del Prado. En los tempranos años 2000, César Aira fue a la misma casa y relató su experiencia en la crónica «En La Habana». Como todos los lectores de Lezama Lima, Aira recordaba la dirección de memoria: Trocadero 162. Cuando llega, descubre dos puertas porque se trata de dos casas gemelas. El museo le parece cerrado pero Aira empuja y llega a un zaguán, luego abre otra puerta y entra al museo. Cuando llegué a la casa, me encontré con la misma situación. Empujo la puerta, entro al zaguán, pero ahora luce oscuro y abandonado, meado por todo el barrio desde que Aira pasó por ahí. Entro a la puerta de al lado: está en las mismas condiciones, pero se agrega una fila de latitas de cerveza vacías.

Preferí no insistir porque, a diferencia de Aira, tengo mucho tiempo y salgo a pasear por el barrio. Camino por Trocadero hasta Paseo del Prado. En los años 40, Lezama vería las fachadas aristocráticas de los edificios ocupadas por gente como él, perteneciente a una familia venida a menos. Ahora Trocadero se ve muy desmejorada. En cambio, el Paseo del Prado guarda mucho de su

antiguo esplendor: se trata de un bulevar imponente de baldosas inmensas enmarcado por edificios en los que la decadencia los vuelve hermosos.

Si para Ponte La Habana es una ciudad después de una guerra que nunca ocurrió, ahora pareciera que esa guerra, que era la guerra inminente con el imperialismo, ya no ocupa ningún lugar en las conversaciones. Hasta ahora no escuché a nadie recordar la Revolución. La clave que domina la partitura de La Habana parece más simple y carece de moral: es el dinero. Todos venden cosas. Hay gente que viaja a México o Panamá para comprar mercadería y venderla en el mercado negro, vienen remesas del exterior que se introducen en el mercado negro. Y el mercado negro, en todo su esplendor, con todos sus vericuetos y regateos, se encuentra en Centro Habana. Mi barrio tiene una enorme vitalidad gracias a que el dinero se introdujo hasta en los chismes de la vida cotidiana.

## **HISTORIAS DE LA HABANA**

•••

Acá hay dos problemas con la ubicación. El primero es que el GPS es impreciso; el segundo que las calles de Centro Habana no tienen nombre. Las personas se orientan por la costumbre de transitar las mismas calles y ver las mismas cosas. Para no perderme, tuve que hacerme un mapa mental a las apuradas que hasta ahora se compone de tres elementos: el malecón, que queda a tres cuadras, la ruina que está a la vuelta y un cráter en la calle de casi un metro de diámetro que hicieron los de obras públicas no se entiende bien para qué.

Con este parco sistema de orientación me dirigí al banco. Quería probar mi tarjeta de débito. La inserté en un cajero pero nada: los cubanos no están enterados de que existe otra moneda que no sea el peso, el dólar que ya no pueden usar, el euro y, tal vez, el dólar canadiense o la libra esterlina. El sistema bancario no registra la moneda argentina como así tampoco debe registrar ninguna moneda de América Latina.

Después caminé a *Casa de las Américas* para encontrarme con A., mi tutor en la Universidad. El edificio queda enfrente del malecón, es moderno aunque tiene un llamativo parecido con una catedral gótica. Está en buen estado, si bien hace años que espera una mano de pintura. Queda a unas cuadras de la embajada norteamericana que es uno de los edificios más desagradables de los que vi hasta

ahora: una mole rectangular de diez pisos con grandes ventanales. Parece la materialización arquitectónica de la invasión: brutal, inamovible, parece decir «esta ciudad es mía».

Dentro de *Casa* había un ambiente amigable. Me senté en un auditorio pequeño con aire acondicionado en donde mi tutor presentaba el último número de *Anales del Caribe*. Con mucho entusiasmo fue describiendo el número dedicado a las Islas Vírgenes y Belice. Al terminar la exposición me acerqué e intercambiamos algunas palabras. Me pareció de mi edad o tal vez un poco más joven. Miraba sin mirarme, dijo algunas palabras formales. Me fui a la mesa de afuera a mirar libros. Mientras compraba uno sobre Padilla, salió a fumar y me invitó a caminar hasta la Facultad.

Mientras avanzábamos me fue contando la historia de la ciudad. Al principio, La Habana era el casco colonial de La Habana Vieja. En el siglo XIX la gente rica tiró la muralla que la rodeaba y construyó Centro Habana. Allí levantó edificios neoclásicos, la mayoría de dos o tres pisos como en el que vivo. También construyó grandes teatros y edificios públicos de una arquitectura monumental. En los años 30 o 40, los ricos volvieron a buscar distinción y decidieron poblar El Vedado en donde se encuentra *Casa de las Américas*. Tal vez para ilustrar lo que venía diciendo tomamos la Avenida de los Presidentes que los habaneros conocen como G. Es un bulevar que en las plazoletas tiene árboles y varios monumentos de presidentes latinoamericanos; a los costados se ve un tejido uniforme de grandes casas sólidas y cuidadas, salpicadas por palacetes en donde funcionan colegios, dependencias públicos y museos.

A. continuó avanzando en la historia. Poco antes de la Revolución, los ricos se fueron al barrio de Miramar en donde se encuentran las embajadas, las casas de algunos músicos y deportistas, las residencias de los embajadores y las casas de la familia de Fidel.

Tras agotar la historia de la ciudad, pasó a sus opiniones sobre el gobierno. Desde su punto de vista, el socialismo se convirtió en una pátina que encubre un capitalismo de Estado. Me hubiera gustado intervenir con algo, pero preferí escuchar y cada tanto hacer alguna

pregunta. De todos modos, A. hablaba por su cuenta, como antes lo había hecho en su exposición de *Casa de las Américas*. Según me dijo, el socialismo se mantiene en la educación y la salud pero el capitalismo aflora en el mercado negro. Entre esos dos campos existe un gran desequilibrio en los ingresos: un profesor universitario cobra por mes lo mismo que el mozo de un restaurante «particular» con las propinas de una semana. El socialismo está en lo público pero el dinero se encuentra en lo privado, en lo «particular». Por otra parte, el gobierno únicamente socializa los salarios de esos sectores porque, si bien la salud es gratuita, para poder operarse uno tiene que comprar los insumos, cosas como vendas, gasas, placas y medicamentos. Y todo eso no se compra en la farmacia, se compra en la calle, de modo que en los hechos el acceso a la salud está dolarizado.

Después de traspasar durante unas treinta cuerdas bajo el sol, entramos a la Facultad. Es un edificio moderno, vidriado, de tres pisos. Noté la desnudez de los pasillos: no hay un solo cartel, nadie hace una proclama, esa forma efímera y democrática de la reivindicación. Las paredes no piden por un boleto estudiantil, no dicen que tal funcionario es un atorrante, ninguna agrupación celebra el triunfo en las elecciones; no hay mesitas, no se venden facturas o café, no se prestan termos. La Universidad es prolija y muda.

Subimos dos escaleras y nos sentamos en su oficina. Pidió café y después de degustarlo, A. sacó con elegancia un atado de cigarrillos, tomó uno y lo prendió. Me acordé de mi amigo Martín Pérez, gran fumador de cigarrillos y ahora de habanos, y concluí que se trataba de un rasgo de refinada civilización que se permitiera fumar en ese lugar. Sentí ganas de volver a fumar para compartir esa sensación despreocupada de cuando uno sacaba un cigarrillo y lo encendía en un lugar público sin preguntarle al resto si molestaba. Como si quisiera compensar tanto encanto, A. terminó incurriendo en un gesto bárbaro: apagó la colilla en la misma taza en la que había tomado el café.

En ese mismo momento apareció un portorriqueño en bermudas de unos cincuenta años. Primero abrazó a A. y luego me saludó con una sonrisa. Se presentó como poeta pero enseguida dijo que había

tocado con no sé quién, así que también era músico y si la charla hubiera seguido habría cubierto el resto de las disciplinas. Con ese don que tienen algunos para sintetizar su vida en cinco minutos, me contó que hace 20 años que vive en Cuba. Con astucia fue llevando la conversación hacia la situación económica cubana. Después se zambulló, como un clavadista olímpico, en aguas más mundanas: mirando a los ojos a A., le preguntó «¿tienes dinero?». Miré los ojos encendidos del portorriqueño y me fue imposible no simpatizar con su manera astuta y tangencial para el mangazo.

## EL MUSEO Y LA CALLE

• • •

El Hotel Habana Libre queda en L y 23, en el Vedado. En diagonal está la famosa heladería Coppelia y el hermoso cine Yara, un edificio de los años 50, inmenso, que el socialismo salvó de la plaga evangélica que devora los espacios públicos de América Latina. Es una mole de veinticinco pisos que abrió sus puertas en 1958. Lo operaba la empresa Hilton, de ahí su nombre inicial: Habana Hilton. Pero la verdad es que lo manejó por muy poco tiempo: el 11 de julio de 1960 el gobierno expropió el hotel convirtiéndolo en «Habana Libre». Ya antes Castro había instalado sus oficinas en una de sus habitaciones donde sufrió los primeros atentados contra su persona. Existe una foto icónica: el joven Castro está en el balcón, abraza a un hombre con su mano izquierda; del otro lado se ven otras dos cabezas masculinas. Todos miran hacia la ciudad, como si planificaran el rediseño socialista de su entramado.

Esta mañana decidí ir a conocer el lugar. No por lo que acabo de contar. Los hoteles son espacios resbalosos en donde la historia no se adhiere. Lo que me interesa es que en el Habana Libre opera una tienda que vende bebidas con tarjeta de crédito. Mientras bajo las escaleras me encuentro a M., la vecina que vive debajo de R., y me empieza a hablar mal del gobierno. En un momento escucho la palabra «lacrás». Todavía no entiendo a los cubanos ni ellos me entienden a mí, así que acerco la oreja y le pido que repita lo que acababa

de decir. Acentuando las palabras dice que La Habana se ha llenado de lacras. «Reconozco los logros en salud y en educación, Fidel era un hombre inmenso pero antes de 1959 había un país, Ignacio. Esto era un país».

El Habana Libre queda a unas diez cuadras de mi casa. Los edificios neoclásicos van quedando atrás. Primero aparecen las casonas del Vedado, luego salimos a L que es una calle céntrica y animada. Enseguida llego al famoso hotel. Lo miro desde abajo, entro al hall, el aire acondicionado es glorioso, paseo por acá y allá pero es un hotel, no tiene mucho que decir. Voy a la tienda y mi tarjeta funciona: compro ron Havana Club Especial. Dulzón, fuerte a la garganta, de color dorado oscuro.

Dejo la botella en casa y voy al Museo de Arte Moderno. Hay una muestra de KCHO, un artista cubano nacido en 1970. La retrospectiva está compuesta por obras que abordan el tema de los balseros a través de diversos soportes: botes de madera, muñecos gigantes creados con telgopor y fragmentos de embarcaciones que naufragaron en su travesía a Miami. KCHO completa la colección con dibujos en los que varía diversos proyectos de escape, muchos de ellos alocados, como el dibujo de un caballo al que le han atado unos barriles para irse cabalgando por el mar. Al mirarlo, me acuerdo de la frase de Simón Bolívar «He arado en el mar» con la que señalaba que lo había vencido todo. El caballo con tanques parece animado por la misma voluntad pero invertida: no se trata de fundar sino de huir de la nación.

Paso a un espacio grande y me encuentro en medio de unos anaqueles en los que hay libros con la tapa hacia el espectador. Me detengo en los títulos: muchos de ellos de pintura. Al principio me decepciono, parece una exhibición de la biblioteca de KCHO. Pero vuelvo a mirar, todavía en el centro de la instalación, y caigo en la cuenta de que estoy adentro de un bote, los libros son las paredes y me fugo a Miami.

A la vuelta paso por la librería de la universidad que queda cerca de casa. Una librería en La Habana es algo digno de verse.

En cualquier librería del mundo hay millones de libros. En las de La Habana hay unos pocos títulos distribuidos en anaqueles de hierro con las tapas hacia el espectador porque hay tanto espacio que no necesitan ponerlos uno al lado del otro mostrando los lomos. Los libreros no son ni amables ni desatentos: son indiferentes. Están ahí para controlar y cobrar. En compensación, los libros nuevos son baratísimos: una cerveza cuesta entre \$160 y \$220 mientras que un libro ronda unos \$20. Para hacer la cuenta: en el mercado negro el dólar vale \$100 de modo que un libro nuevo sale 20 centavos de dólar.

Al llegar a casa me pongo a leer uno de los libros que compré: *Las tantas Habanas: estrategias para comprender sus dinámicas sociales*. Una investigación en ciencias sociales coordinada por Luisa Iñiguez que analiza la evolución social de la ciudad entre 1976 y 2013.

El libro sostiene que existen tres períodos de construcción de identidad territorial en La Habana. El primero se inicia en 1959 y se extiende durante las primeras décadas de la Revolución, caracterizado por la homogeneización de las oportunidades. En 1976, el gobierno divide la provincia de La Habana en varios municipios, lo que significa que lo que vemos como un todo urbano es un conjunto de centros administrativos que coinciden con un barrio histórico en particular. Ahora entiendo por qué R. me mandaba mensajes saludándome desde Centro Habana. «Saludos desde Centro Habana», me decía, para informarme de algo antes de mi llegada. Yo pensaba que era un fanático de la precisión locativa pero lo que hacía era designar de manera correcta el municipio al que pertenecía.

El deterioro de la ciudad empieza en 1980. El proceso se agudiza en mi barrio porque tiene una construcción muy densa y solo es posible construir barbacoas o poblar azoteas y pasillos. Las tendencias se profundizan después de la caída del muro de Berlín: se acelera el movimiento migratorio hacia la ciudad, especialmente de la provincia de Oriente que entra en crisis por el derrumbe de la industria azucarera. Los habaneros llaman a estos migrantes «palestinos» porque vienen de Oriente, pero en el nombre tal vez se oculte alguna malicia más.

Aparentemente, uno de los principales problemas de Centro Habana es que el flujo migratorio constante horada su identidad. El deterioro se refleja en los edificios pero también en la cultura cotidiana del barrio. De acuerdo con el libro, los recién llegados tienen costumbres chocantes como tender las ropas en los balcones, jugar al dominó en la calle y sentarse en las veredas para aliviar el calor. Tal vez se pueda agregar cosas como hablar a los gritos y andar vendiendo galletas, helados, aceite, detergente y demás mercaderías de almacén en carros.

Aunque no está dicho de esta manera, la conclusión que uno saca del libro es que la cultura cotidiana se degradó por culpa de lo que M. designó como «lacas». Como la mayoría de los que traen estas costumbres ajenas son negros, hay en esta reflexión un racismo larvado que se siente en la historia cubana. Creo que esta es una mirada aristocrática de lo que sucede en la ciudad. Para mí la gente trae nuevas costumbres y las mixtura con una viva desprolijidad. Lo compruebo en esto: vi muchas personas negras jugando alrededor de una mesa. No jugaban dominó, jugaban ajedrez.

Esa mirada aristocrática, ese racismo larvado, también se encuentra en el museo de Arte Moderno al que fui a la tarde. En las colecciones permanentes se puede ver un registro de la historia de la cultura cubana. En la sala del siglo XIX, entre cuadros de blancos adinerados, hay un óleo de José Joaquín Tejada (1867–1943) titulado «El borracho»: es el retrato de un negro, llamativamente parecido a Morgan Freeman, que ladea la cabeza con la mirada perdida. El cuadro parece decir: el alcohólico blanco no es alcohólico o no hay peor borracho que un borracho negro. También dice: el negro es inferior.

Pero en el Museo de Arte Moderno no solo hay cuadros, también hay ventanas. Una ventana es un cuadro, o un cuadro es una ventana, de modo que podemos decir que por ese camino el Museo se abre a la ciudad. Después de ver la pintura de José Joaquín Tejada me detuve en una ventana que tenía la cortina corrida y se podía ver la calle. A través del vidrio se veía el edificio de enfrente llamado «Edificio Balaguer». No sé si es famoso pero en uno de sus balcones

había una mujer negra tendiendo sábanas matrimoniales. Detrás había un tender más pequeño en el que se secaba la ropa interior. El edificio se mantiene en pie, un poco desmejorado, pero ese acto de tender la ropa le aporta al museo aquello que a este le falta: esa Habana desprolija y viva, chocante y atractiva que está ausente en cuadros y esculturas.



## PLAYA ADORADA

• • •

Cualquier persona que va a Cuba tiene que ir a la playa. Es una obligación moral, un imperativo categórico, es el superyó del Caribe. ¿Cómo no vas a ir a la playa? El Caribe puede ser un entramado cultural complejo, extensas corrientes lo surcan, vienen de África, salen de los indios, llegan con Colón. Pero por encima de todo eso está la playa. Nadie viene acá si no es por el mar, incluso lo conocemos sin haber pisado nunca estas tierras. Es cálido, con peces de colores, la arena blanca, todo el combo. Hay que ir a la playa. No lo dice el ministro de turismo o el tipo de la agencia de viajes, lo dice el lenguaje. Pero las cosas nunca son fáciles en La Habana. A diferencia de Río de Janeiro o Mar del Plata, La Habana no tiene playa. Es una terrible verdad. Tiene un malecón que es un breve acantilado debajo del cual el océano golpea rocas gigantes y resbaladizas. Hay que ir a la playa, lo dice el lenguaje. Pero para ir a la playa hay que viajar.

La noche anterior le pregunté a R. cómo podía ir a las playas del Este que quedan a 30 kilómetros de Centro Habana. Me dijo que hay tres opciones: taxi, colectivo especial y la guagua P4. El taxi no quiero ni saber cuánto sale, el colectivo cuesta \$500, la P4 sale apenas 2. «Pero no vayas en colectivo que te roban todo». Mientras me decía esto había un hombre del que no hablé, un cubano que se hospeda con su mujer en la habitación de al lado. Vegeta todo el día ahí, no

hace nada, pero creyó que era su momento de intervenir y repitió la sentencia «Te roban todo». Me pareció que exageraban. Por otra parte, mi principal problema es el dinero, así que no les hice caso.

Contra las alarmadas prevenciones de R., fui sentado con toda tranquilidad. Nadie me robó. Ni siquiera notaron mi presencia. La gente iba en silencio. Me dediqué a mirar el paisaje, de una verde monotonía. Entramos a Alamar, un barrio bastante feo formado por edificios construidos con hormigón armado de tecnología checoslovaca y un estadio que pareciera desde hace mucho tiempo abandonado. Unos kilómetros después entramos a Cojimar, pueblo en donde pescaba Hemingway. A los pocos minutos el GPS me marcaba que estábamos en las playas del Este.

Como no estaba seguro de dónde tenía que bajar, seguí a un mulato de unos cincuenta años. Le pregunté si sabía dónde quedaba la playa y me dijo que había bajado demasiado rápido. Caminamos juntos, charlando de cualquier cosa, lo que me pareció un gran detalle de su parte.

El camino es tortuoso. El colectivo deja a las personas en la autopista y el mar está como a cinco kilómetros. ¿No puede entrar y dejar a la gente cerca del paraíso? La calle no tiene sombras, no tengo sombrero ni gorra. Al lado del camino había casas cubiertas por paredones de dos metros que parecían habitadas por veraneantes adinerados. Desde afuera se escuchaban los sonidos de la felicidad: risas, cervezas y estallidos de piscina.

Tomé un caminito de arena, pasé unas matas y de pronto estaba en la playa. Arena dorada tirando a blanca, palmeras, mar cristalino. Soy un marplatense acostumbrado a ir a la playa desde que tengo uso de razón. Los gauchos montan antes de caminar, a nosotros nos tiran en la arena antes de decir «mamá». Por más paradisíaca que sea, una playa es una playa. Me metí en el agua, y a diferencia de Mar del Plata, uno sale del mar cuando se cansa, no cuando tiene frío, más o menos a los dos minutos de entrar.

Había bastante gente. Por lo que pude ver, las personas no juegan a ningún deporte, no corren, incluso muy pocos se meten

al mar. Algunos toman cerveza de lata. Posiblemente haya gente que trae ron. Mi impresión es que hay más hombres que mujeres. Muchas mujeres están vestidas. Vi a una chica de veinte años salir del agua con una camisa leñadora y a otra con una malla regular en cuanto a la forma pero con un estampado asombroso: la parte de arriba y la de abajo formaban la bandera norteamericana.

Al volver me paré en la sombra de la parada del colectivo. En eso estaba cuando escuché un ruido a la izquierda y fijando la vista descubrí que era un auto. Se trataba de un Lada, una marca soviética que entró a Cuba de manera masiva en los años 80. Frenó delante de mí y un flaco de unos veinticinco años se asomó por la ventanilla del acompañante y emitió una serie de sonidos incomprensibles. Cuando terminó de hablar, me mostró los dientes con una gran sonrisa: eran completamente dorados. Nunca en mi vida había visto algo semejante. Sé que los gitanos solían adornarse de esa manera, pero nunca había visto un gitano con todos los dientes de oro. Encontrar a una persona con la dentadura dorada en Cuba, arriba de un auto soviético de los años 80, me pareció algo tan sorprendente que me quedé totalmente turbado. Cuando me despabilé le pregunté qué había dicho. Recién a la tercera vez entendí que me estaba preguntando si esa era la bajada de Megano. Miré cartel a la derecha en donde se leía perfectamente «Megano» (no bajada Megano) apuntando hacia la playa. Le contesté: «no sé, ahí está la *plai*a» (decidí incorporar ese yeite para comunicarme, la «i» por la «y»). El de atrás, un mulato con gorrita y unas cadenas al cuello, le dijo con gesto apurado, como si el Lada pudiera llegar de 0 a 100 en 2 segundos, «sigue, que este es argentino». El auto avanzó quejumbroso como un anciano, se detuvo unos metros más allá dudando sobre qué camino tomar. Yo me subí a la guagua preguntándome cómo se había dado cuenta de mi nacionalidad.

## DUANE MICHOLS Y EL PAN

• • •

A la mañana traté de comprar pan. Encontré una panadería que solo vendía a los que tienen libreta de racionamiento. Afuera del local, vacío y sin encanto, se extendía una fila larga y cansada formada por personas con una especie de block delgado en la mano que el vendedor marcaba con una birome a medida que entregaba la mercadería. Desayuné en un restaurante que sirve muy abundante para saltar el almuerzo. Sufrí cuando pagué porque todavía no pude resolver el tema del dinero. Me quedan doscientos dólares y no llevo ni quince días acá.

Al volver a casa compré una piña que dejé en la heladera para cuando tuviera hambre y subí a leer *Naranja Dulce*, un suplemento cultural que salió entre 1988 y 1989. Mientras leía llegó R. con un pan de molde. «¡Comandante Ignacio!» me dijo, siempre me dice así, me encanta. Venía con un cuchillo, cortó la mitad del pan y me lo dio. Creo que se dio cuenta de que no me está llegando el dinero porque estoy comiendo pizza todos los días. La pizza cubana es una pizza individual, con poco queso, a la que le pueden agregar jamón o piña. Pasable una vez, nociva al tercer día. El gesto del pan me conmovió.

Ahora pellizco el pan mientras leo un artículo de *Naranja dulce* sobre Duane Michols, un boxeador norteamericano que se convirtió en fotorreportero y más tarde en compositor de novelas fotográficas. El artículo comenta que durante una entrevista televisiva

Michols se sintió abatido, casi se puso a llorar. La razón es que se había dado cuenta de que no se puede fotografiar la realidad porque la realidad ya es en sí una fotografía. De este modo, Michols elaboró un argumento posmoderno (no hay realidad inmediata, hay mediaciones culturales) pero la cuestión es que no lo pudo soportar. Entonces puso dos cámaras de video en el piso 23, una enfocando a la ventana y la otra al pavimento, se subió al alfeizar y se tiró. Michols, sea quien sea, representa el modo dramático con que algunos artistas descubrieron la posmodernidad. Su gesto anticipó en algunos años el suicidio de Kurt Cobain.

10 DE MAYO

## **EL LOCO DEL BARRIO**

• • •

En mi cuadra hay un loco. Vive a dos edificios del mío y tiene una rutina que sigue con exactitud. A la mañana recorre las calles y pide cigarrillos y dinero. Cada vez que pasa una mujer dice: «¡Que Dios bendiga a las mujeres!». Todo esto a los gritos. Acompaña sus pedidos con otra exclamación: «¡Que Dios ayude a los pobres!» y enseguida singulariza, «al pobre», colocándose como referente de la tercera persona. Luego grita «¡Sálvenme! ¡Salven al pobre!». Por la tarde se queda en casa. Yo trabajo en la terraza, así que siempre lo veo. Cada tanto saca la cabeza por la ventana y grita cosas contra Fidel Castro, como si ignorara que gobierna Díaz Canel.

## ¡SÁLVENME!

...

Hace unos días fui por última vez al banco para intentar solucionar el pago de mi salario. Descubrí que solo cinco bancos están autorizados a girar dinero a bancos cubanos. Cinco bancos a escala global. Existe una frase que se repite en Cuba, medio en broma, medio en serio: «es culpa de los americanos». ¿No llegás a fin de mes? Es culpa de los americanos. ¿Se cortó de luz? Es culpa de los americanos. ¿Tu pareja te dejó por otro? Es culpa de los americanos. ¿Se te rompió la uña? Ya sabés a quién culpar. Los americanos son el cuco de tus pesadillas. En los bares hay dos formas de servir café: el que designan simplemente como «café» y el «café americano» que es una vergüenza pasada por agua. Los americanos habitan los platos vacíos y las casas sin luz. Pero debajo de esa manera socarrona de culpar al extranjero palpita una verdad: el bloqueo es criminal.

El salario no me va a llegar por transferencia. Desesperado, llamé a varias personas para tratar de solucionar mi problema. Por medio de una conocida me puse en contacto con la mujer del embajador en Argentina. Me ofreció dinero y me invitó al brindis por el 25 de mayo en la embajada. También hablé con mi amiga Ana que vivió en Cuba y conoce a unos cubanos que vienen para acá, así que me van a traer dólares. Ana me salvó. Salvó al pobre.

El dinero llegó hoy. Lo trajo una pareja de bailarines cubanos que volvieron a La Habana para bautizar a su hija, rodeados de la familia de la mujer que se llama Zule. A la mañana emprendí camino a su casa. Fui por partes hermosas de El Vedado que todavía no conocía. En el camino compré un pesado «cake» de chocolate. Llegué a la esquina de la dirección que me habían dado. Zule se asomó, entramos por un callejón en donde había varios PHS, el tercero de los cuales era el de mi benefactora que estaba dando una fiesta porque habían venido los yernos desde Santiago a conocer a la nieta recién nacida en Argentina. Entregué la torta y el marido me dio las gracias con una sonrisa amable como una playa y entramos al diminuto living en donde se encontraba el hermano de Zule. Me ofrecieron ron. Ron añejado 7 años, no el de 3 que compro yo. Suave, agradable al paladar. Hablamos de Cuba, del ron, de Argentina, del vino y me mostraron una botella de Fernet. Zule y el marido son bailarines. Me sirvieron otra medida y me fui contento de ahí.

Dejé el dinero en casa y salí a gastar por las librerías de La Habana Vieja. Las librerías de uso que son nuestras librerías de usado tienen precios altísimos porque los libreros deben mirar lo que sale el material por Internet. Entré a una y pregunté sobre literatura cubana. El librero me fue señalando anaqueles:

—Acá está Padura, allá está Fernando Ortiz, ahí Carpentier que es también un escritor cubano y acá está Lezama Lima.

Me acerqué a los anaqueles y vi encima el *Diccionario de autores cubanos*. Lo toqué pero el libreo me dijo que no:

—Ese es un diccionario, no literatura cubana.

—Ah bien, voy a pasar a Lezama Lima.

Pero no me interesó nada, estaba lo mismo de siempre: *Paradiso*, *Oppiano Licario*, etc.

En el anaquel de arriba había una hilera de libros de y sobre Hemingway, mostrando las tapas, dándole un generoso lugar al apellido de ese escritor adorado por los cubanos.

—Ese es Hemingway. Hemingway no es un autor cubano.

Me enojé, la verdad.

—Pero este —dije mientras sacaba un volumen que decía *La vida de Hemingway en Cuba*— es de Norberto Fuentes. Y Norberto Fuentes sí es un escritor cubano.

El librero salió del local. A los segundos salí yo y me perdí por la ciudad. Porque Norberto Fuentes será un escritor cubano pero el librero lo tenía muy caro.

15 DE MAYO

## **PERMANENCIAS**

• • •

Fui a la Biblioteca Nacional donde estoy trabajando para fotografiar las planas internacionales de *Granma* entre 1988 y 1991. Después leí lo que fotografié. En 1989, la prensa cubana registra paso a paso la caída del bloque soviético. Polonia y Hungría son los primeros países en entrar en crisis, a mediados de 1989. Me impactaron una serie de noticias de *Granma* sobre el Partido Obrero Socialista Húngaro. En un momento proponen cambiar el nombre del partido y declaran que los principios del leninismo están agotados. A partir de ahí se desarma el comunismo europeo y para diciembre de 1989 ya no queda nada. Es impactante y dramático, no porque los gobiernos no merecieran ese destino, sino porque representaban un sueño que de pronto llegó a su fin. Y ese sueño es más que el de los desposeídos o los obreros: es el sueño de la historia.

18 DE MAYO

## MARTÍ TE ESPERA

• • •

Al entrar a la Biblioteca Nacional noté que sucedía algo fuera de lo normal. Había unos cincuenta estudiantes de la secundaria, con sus uniformes bien prolijos, alrededor de la estatua de Martí. En el centro, una chica con una guitarra cantaba en homenaje al escritor: en el estribillo decía que quería ser como él y lo llamaba Maestro. Cuando terminó el acto le pregunté al bibliotecario qué pasaba y me respondió que era el día en que el Apóstol había caído en combate. Después trató de explicarme quién era Martí con la frase de rigor en Cuba: «Martí es el más universal de los cubanos».

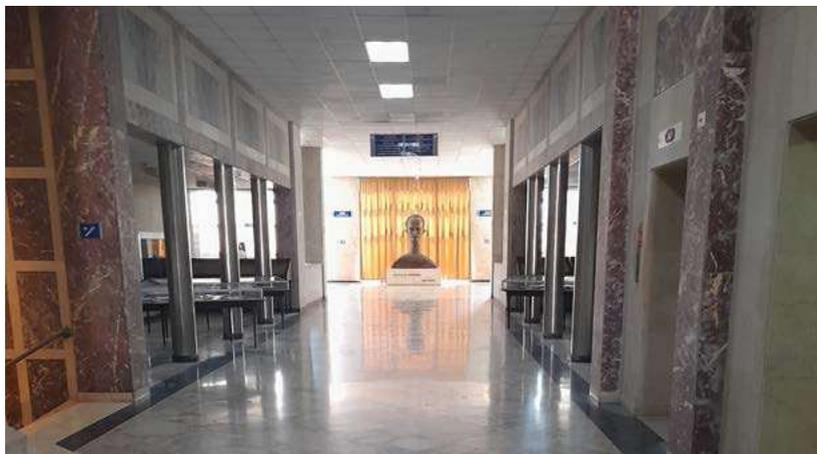
Saqué fotos a los *Granma* de 1989 y 1990. Hasta julio de ese año, las noticias sobre los países del bloque soviético son positivas y favorables. Pareciera que la perestroika, que Mijail Gorbachov puso en marcha en 1985, habría sido tratada con ambivalencia en Cuba: el gobierno no tomó medidas como las soviéticas pero la prensa celebró las decisiones del Partido Comunista de la Unión Soviética. Pero en julio de 1989 ese consenso se quebró: para entonces estaba claro que Hungría y Polonia estaban abandonando el socialismo y todo daba a entender que tarde o temprano el resto de los países del bloque seguiría ese camino.

R. me habló de la clarividencia de Fidel. A la luz de lo que estuve leyendo tiene razón. Al mirar el proceso en los diarios, esto se vuelve más claro. Los países socialistas caen como fichas de

dominó. Polonia y Hungría arrastran en pocos meses a la República Democrática Alemania, enseguida Checoslovaquia empieza a trastabillar y las naciones que reúne Yugoslavia se muestran los dientes gestando lo que más tarde se conocerá como la guerra de los Balcanes. Lo que había empezado en Hungría se derrama a Rumania por la frontera. El presidente Ceaucescu da un mensaje a la plaza pero es abucheado. La policía secreta no logra contener lo que se viene, el presidente y su esposa huyen de Bucarest. Los fusilan el 25 de mayo después de un juicio espantoso que se puede ver por YouTube. Alemania Democrática es el símbolo del derrumbe. Antes de la caída del muro, el premier Erich Honecker repite cada dos por tres que el rumbo socialista es irreversible pero renuncia el 18 de octubre, el mismo día en que yo cumplía trece años. Egon Krenz, su sucesor, se mantiene firme como un tigre de papel: abre las puertas del muro de Berlín el 9 de noviembre. Vocifera que no se van a unificar con Alemania Occidental pero preside la disolución del partido y Occidente recoge los despojos unos meses después. Para los testigos de la época el proceso debe haber sido desconcertante, triste o feliz. Desde la actualidad es dramático: muestra que la historia no tiene sentido. Nadie puede decir que los comunismos de Europa no debían caer; pero nadie que merezca cierta consideración puede mirar con indiferencia los sueños que empujaron todo eso, el puño en alto y la sociedad igualitaria. Giangiacomo Feltrinelli, el hijo del gran editor italiano que murió poniendo una bomba para lograr el comunismo en su país, lo resume bien: el comunismo es el gran sueño del siglo xx; no es solo Ceaucescu derribado por la muchedumbre en la Plaza de Cemento.

Castro debe haber sido uno de los tres o cuatro cerebros políticos del siglo xx. Incluso podríamos dudar si alguien le disputa el primer lugar. ¿Mao? Seguro está a la altura. La Larga Marcha es gloriosa, aunque también está el desastre del Gran Salto Adelante. ¿Lenin? Superaría a Castro si el cerebro no le hubiera estallado. ¿Ho Chi Min? Seguro, es un sujeto admirable. Pero en Castro y en todos estos casos la inteligencia no es todo, hay que aplicarla en

algo. Y posiblemente lo que explique el derrumbe de la mayoría de los gobiernos comunistas sea lo mismo que explique la permanencia de unos pocos como Cuba: el nacionalismo. Todos los países que salieron del comunismo lo hicieron con nacionalismo. La URSS era un conglomerado de naciones, de modo que el nacionalismo la hizo estallar. Lo mismo pasó con Yugoslavia, Alemania y Checoslovaquia. Que se hayan dividido o fusionado no es una cuestión menor. El nacionalismo suplió una épica que el comunismo había perdido. En medio del derrumbe, la gente se aferró a una narrativa. O se aferraron a esa narrativa para derribar un sistema que siempre sintieron ajeno, como sucedió en Polonia y Hungría. Pero hay países que pudieron articular comunismo y nacionalismo. En China el comunismo está impregnado de nacionalismo: la Larga Marcha es tanto socialismo como causa nacional. En Vietnam ni hablar. En esta saga, Cuba tenía todas las cartas para ganar: un antiimperialismo que viene desde el siglo XIX y un héroe nacional como Martí. Unieron nacionalismo con revolución, fusionaron a Martí con el Moncada, penetraron la sociedad con estructuras políticas y afianzaron la disputa con los EE. UU. El resultado es la canción que acabo de escuchar, el día en que el Apóstol cayó en combate.



## **AHMEL ECHEVARRÍA Y CIRENAICA MOREIRA DÍAZ**

• • •

Ahora que ya no es un problema el dinero, empezó a serlo la soledad. Entonces, tomé algunas decisiones. Primero, hablé con Julio Ramos que me puso en contacto con Víctor Fowler, el gran poeta y ensayista cubano a quien voy a ver en unos días. En segundo lugar, Carlos Aguilera me había mandado tres ejemplares de unos libros suyos (la antología *Teoría de la transficción* y la novela *Clausewitz y yo*) para dárselos a los escritores Ahmel Echevarría, Ramón Hondal y Jorge Enrique Lage. Conseguí comunicarme con Ahmel que vive en Cojímar con su mujer, una fotógrafa y artista plástica llamada Cirenaica Moreira Díaz, a quienes hoy fui a visitar.

Ahmel y Cire tienen entre 45 y 50 años. Me invitaron a almorzar de modo que llevé unas cervezas y un vino dulce que después me enteré que era una sangría. Espantosa pero igual la tomamos. Me mostraron la casa, llena de obras de Cire. Ella hace fotos de temática erótica que interviene con objetos, flores, plantas produciendo cuadros entre surrealistas y barrocos. Luego me mostraron la pieza de atrás de la casa. Era un estudio en donde había más obras de Cirenaica. Abrieron la ventana del fondo y apareció el mar. No es que la ventana diera a la costa sino que la casa está construida en uno de los costados de la bahía de modo que el mar se encuentra debajo de la ventana. Estaba tan sorprendido que me llevaron por una bajada que tiene la casa al costado. Da a un pequeño acantilado

de tierra, lleno de plantas. En las paredes vi unas lagartijas grises, chiquitas y demasiado rápidas para atraparlas con la mano. Me contaron que en el puerto que se veía enfrente estaba el barco de Hemingway. Ahí se sitúa *El viejo y el mar* y en ese lugar filmaron la película. Así que por un momento me sentí Zizek cuando va como un loco en la lancha que usaron para una de las escenas de *Los pájaros* de Alfred Hitchcock.

En la cocina, Cire me contó que eran veganos pero no por una razón espiritual: la plata no alcanza para nada. Lo dijo con una mueca graciosa. Sirvió unos platos que contenían plátano con unos vegetales salteados y una sopa de frijoles. Nada de lo que comí se debe llamar así pero se me olvidaron los nombres. De postre trajo arroz con leche espolvoreado con canela. A pesar de que se trata de un plato también argentino, es la primera vez en mi vida que lo comí.

Durante el almuerzo me preguntaron qué había venido a hacer a Cuba. Les conté sobre mi investigación y les di algunos detalles acerca de la información que había recolectado sobre la perestroika y la disolución del bloque soviético. Ahmel pareció sorprendido por la cantidad de noticias sobre la caída del muro que había en la prensa de la época. Posiblemente fue una impresión pero la gente está convencida de que acá no se informó nada. Entonces les conté algo que me había sucedido unos días atrás. Estaba en la casa de un escritor. Me dijeron que lo conocían, dudé en seguir pero ya estaba en el baile, así que les conté que esta persona me mostró un cuadro que tenía una foto de grandes dimensiones en la que se veía una mujer mirando por la ventana. En esa pieza se veía un televisor viejo que mostraba una escena confusa. Me acerqué para ver mejor pero el escritor se adelantó: me dijo que era una foto de la caída del muro de Berlín. El artista, continuó explicándome, realiza ejercicios anacrónicos: compone escenas del pasado en las que inserta noticias que fueron censuradas en Cuba. Me alarmó lo que me acababa de comentar, así que le dije que estaba trabajando periódicos de la época y si de algo se hablaba en la prensa era de la disolución del bloque soviético. El escritor puso una mirada neutra y me dijo:

pasa que en Cuba lo que importa es la televisión y en la televisión no pasaron nada.

Ni Ahmel ni Cire se mostraron sorprendidos. Por el contrario, se deslizaron con humor a unas anécdotas simpáticas. Cuando Cire tenía unos veinte años vivía en La Habana Vieja y era una nacionalista convencida. Después todo se derrumbó. Ahmel recordó que en 1989–1991 estaba en la escuela secundaria. El colegio tiene las mismas materias que en Argentina pero había una sobre teoría marxista. El profesor hacía esfuerzos enormes para cambiar el discurso marxista mientras todo se movía como una gelatina. Lo secundaba el profesor de geografía que corría detrás de mapas socialistas que cambiaban de manera vertiginosa.

Le entregué los libros de Aguilera y él me dio cuatro novelas suyas, un libro de relatos de Legan Rodríguez Iglesia y una novela de Jorge Enrique Lage. Le hablé de una novela suya que me había impresionado titulada *Un día de entrenamiento*. Le pregunté por una escena terrible que hay en el libro: un padre, un hijo y el amigo del hijo se fugan en balsa a Miami. El hijo se ahoga y el cadáver, en lugar de hundirse, queda flotando al lado de la balsa. Lo empujan pero siempre vuelve al lado la embarcación. Le pregunté a Ahmel si había pasado algo así en la realidad y me contestó que no. De todos modos, el cadáver es la definición lacaniana de lo real: es lo que siempre vuelve a su lugar.

Al volver comí en un restaurante que queda en San Lázaro, pasando Infanta. Un filete de pescado empanado, unas verduras y arroz con frijoles que no tiene sabor a nada. Tengo la sospecha de que nadie lo termina y lo van reciclando una y otra vez. ¿Por qué no sirven menos? Empujé todo eso con una latita de cerveza y volví a casa.

Cirenaica me dijo que le molestaba que los cubanos se hubieran acostumbrado a rondar a los turistas para ofrecerles cosas como ron o prostitutas. En el almuerzo le conté que nunca me había pasado pero resulta que volviendo del restaurante me atajó un negro con una botella de ron que me quiso vender a \$500. Con una sonrisa me preguntó si tenía euros, me contó que había vivido en Rosario con

una mujer muy gorda. Sacó un papel de un cabaret y me ofreció una mulata. Me acordé de un viejo que hace poco quiso venderme unas pastillas «para mantener el vigor con las cubanitas». Posiblemente Cirenaica tiene razón y hasta ahora no me había dado cuenta del acoso. En la novela de Ahmel, el cadáver vuelve siempre al mismo lugar. En la vida cotidiana no hay algo tan terrible como un cadáver pero los dealers cubanos vuelven a chocar siempre contra la barca en la que uno viaja.

25 DE MAYO

## FIESTA

• • •

Hoy es 25 de mayo y se hace el cóctel en la embajada. Voy a comer carne y vino, cosa que no hago desde que llegué. Salí a las 19 para buscar la guagua que me llevaría a Miramar, el barrio en donde se encuentran las residencias de embajadores y las viviendas de funcionarios, entre ellas la propiedad con varias casas donde vivió Fidel y ahora ocupan sus familiares. Bajé antes del punto que marcaba el GPS para aprovechar los últimos rayos de sol y conocer el lugar. Las calles están impecables, los parques recién cortados. Mientras caminaba había personas haciendo *footing*. Pasaban autos último modelo y sobre las veredas se alzaban mansiones increíbles construidas en los años 50 por la alta burguesía batistiana.

Seguí las indicaciones del GPS y llegué a una puerta de rejas por la que podría pasar un tanque. Había una cabina de guardia con dos personas, una de ellas con un fusil. Me acerqué pero el del fusil me ordenó que mantuviera distancia. A dos metros de la reja le pregunté si acá estaba la residencia del embajador de Argentina pero no me entendió. Yo no sé qué es lo que pasa con la lengua, para mí que la tonada argentina no explica que no comprendan, también les debe resultar insólito que alguien venga a preguntarles algo tan estúpido como eso. Repetí mi pregunta y dijo que no era acá y me tenía que ir. Tomé coraje y le mostré el celular.

—Perdón por molestar. Soy argentino y el GPS dice que tengo que pasar por acá. Posiblemente esté equivocado, entonces quiero preguntarles si saben dónde queda la residencia del embajador argentino.

El otro guardia salió de la cabina diciendo que estaba perdido. Me indicó que diera la vuelta, tomara la calle de atrás y buscara por ahí. No lo sabía en ese momento pero había estado en la entrada de la propiedad de Fidel.

Del otro lado las mansiones eran de un lujo descomunal. Las de la derecha están elevadas en una loma de modo que uno tiene que levantar la cabeza para mirarlas. Ese gesto explica los adjetivos que se utilizan para diferenciar las clases sociales: clase alta es aquella que uno debe mirar desde abajo, clase media es alguien a quien miramos de manera horizontal y clase baja es la que está por debajo de los ojos; lo que sugiere que la distinción la hizo alguien de clase media o que finge que lo es.

Me volví a perder porque las casas no tienen número ni las calles nombre y le mandé un mensaje a alguien de la embajada pidiéndole orientación. Mientras esperaba respuesta seguí buscando, pregunté a una persona y terminé dando con la mansión. Crucé el camino que va desde la reja hasta una mesa que servía de puesto de control de los invitados. Ahí atendía una mujer que una vez me había tratado muy mal en la embajada. Cuando le dije mi nombre sonreí con rencor.

Ingresé al patio por un costado y había unas 300 personas. El lugar era inmenso, regado de palmeras. Ofrecían vino, cerveza, jugo, ¡coca cola! Los mozos pasaban con empanadas de humita, carne y jamón y queso, había choripanes y sándwiches de carne. En un escenario hubo un espectáculo de tango y luego empezó a tocar una banda de covers de rock argentino. Me gustó ese detalle: el rock como una forma de identidad nacional.

Agarré una copa de vino, después otra y después otra con una empanada de humita. Vi que a algunos hombres mayores los llevaban del brazo, porque ya no podían caminar de lo borrachos que estaban. Arrastraban los pies con cuidado, como si anduvieran con patines en piso de parqué recién lustrado. Me crucé a un rosarino

con el que me puse a conversar mientras comía a cuatro manos. Me contó que era arquitecto y trabajaba para una empresa francesa. Vino a construir hoteles, entre ellos una torre que están levantando a unas cuadras del Habana Libre. Llegó su mujer y traté de explicarles lo que hacía pero fue un exceso de abstracción pasar de la construcción de edificios a la forma en que el desmontaje del bloque soviético repercute en la cultura cubana, así que expliqué todo mal.

Empezó a lloviznar y tuvimos que entrar a la casa. Habían repartido unos vasos sellados de helado de chocolate. Sería un cuarto kilo de uno de los mejores helados que probé en mi vida. Igual lo apuré para volver al vino y de nuevo con una copa me puse a recorrer los salones. Grandes espacios con baldosas de granito de casi un metro cuadrado con muebles gloriosamente macizos. En varias mesas había láminas con reproducciones de cuadros argentinos. Reconocí al director de Casa de las Américas y el rosarino me señaló a «los hijos de papá», como nombran a los descendientes de los altos funcionarios. Había muchos cubanos, casi ninguno negro. Algunos funcionarios lucían ropas viejas. Un hombre flaco, importante, tenía un cinto demasiado grande para su talle. Le colgaba a un costado, confesando que era de otra persona.

Al marcharme, me acerqué a los guardias de la puerta para preguntarles dónde podía tomar el colectivo. Me miraron con sorpresa y se rieron: estaban hablando con un pobre. Mayor gracia les hizo que viviera en Centro Habana. Eran guardias en una puerta, estaban bajo la lluvia y uno de ellos era negro pero se reían. Pensé para mis adentros: es negro y pobre pero se siente blanco y rico, como el Tío Tom.

Me dijo que le pidiera a alguno de la fiesta que me acercara hasta El Vedado. Le dije que la única persona que conocía vivía en Playa que está ahí cerca. Después le pregunté si de verdad creía que alguien iría a Centro Habana. La conversación era risueña pero me molestaba el lugar en el que me ponían. El blanco me preguntó por qué no le pedía al embajador, «ya que lo conoce», que me prestara su chofer. Iba a contestarle de una manera más agresiva pero de pronto la cara de Tío Tom se contrajo con una eléctrica felicidad. Supuse

que se debía a que estaba pasando un auto gigante y dorado. Nunca me interesaron los autos, sentía los pies mojados y la llovizna tropical sobre la pelada pero me intrigaba la alegría de Tío Tom. Cuando pasó el auto me di cuenta de que no era por el continente sino por el contenido: según me dijo, en esa joya de la industria automotriz estaba engarzado, cual diamante, el hijo de Díaz Canel.

Después de ese espectáculo me indicaron por dónde ir y me desearon suerte advirtiéndome que difícilmente pasaría la P4 o la P1 a estas horas de la noche. Caminé, mee el árbol de una mansión y llegué a la parada en donde había varias personas. Le pregunté a una mujer y me dijo que sí pasaba.

—¿Y podemos tener esperanzas de que va a pasar?

—La esperanza es lo último que se pierde.

Mucho antes de perderla, la guagua llegó. Durante el viaje sentí que la mujer me chistaba. Se había colgado un cartel que decía «Esto es para la comida». Tenía en la mano un recipiente de plástico. Me dijo que hacía el trayecto de ida y vuelta. Cuando me bajé le dejé \$200 que era todo lo que tenía.

—Que te vaya muy bien.

—A ti también.

2 DE MAYO

## MUCHO TIEMPO

•••

A la mañana hablé por teléfono con una persona de Argentina que me dijo que los cubanos tienen muchos problemas económicos pero hay algo en lo que nos aventajan: tienen tiempo. Tiempo para estar con amigos, tiempo para conversar sentados en la vereda. Pensaba en esto cuando decidí ir a un festival de música en la ciudad deportiva.

El evento empezaba a las 17:30, pero me interesaba ver a Carlos Varela que estaba anunciado a las 22:30. Llegué a la parada del colectivo a las 19:40. Había mucha gente porque las paradas acá son para varios colectivos. Una chica joven, mulata, con vestido gris, me preguntó si ahí paraba la P16. Le dije que sí pero como no podía creer que estuviera informando a alguien sobre algo que sucedía en esta ciudad, agregué a modo de chiste que al menos ayer había pasado. No me entendió pero como toda la gente se subió a la P1 y la P4 inicié una conversación.

La chica vive en Centro Habana, es oficinista y gana \$3000. Para saber qué significa eso puedo mencionar que hoy gasté \$570 en el sánduche, el pan y la lasaña que comí. Claro, tienen libreta de racionamiento y hay cosas que entrega el Estado pero para esto hay que hacer colas que, en general, hacen las mujeres. El gas sale \$280, la electricidad \$340, el teléfono fijo \$180, una recarga de datos de 2,5 Gbytes \$200, carga que con un módico uso dura 10 días. El

tiempo libre que dejan las colas y el trabajo es para la casa o para hacer alguna reunión en la calle porque no hay dinero para otra cosa. Su hermana vive en el sur de Italia con su marido italiano, de profesión carnicero, y acaba de tener un bebé de tres meses. Mi amiga le dice que tiene que ser fuerte, hay que estar allá, tiene que ayudar a la familia porque acá hay una exigencia tácita: toda familia necesita a alguien en el extranjero. Para ser claros: \$3000, que es el salario de mi amiga, son U\$S 30 y una persona de afuera puede depositar U\$S 200 o 300, justo lo que hace posible vivir. Me contó que las hijas van a danza, tienen 8 y 5 años; me mostró las fotos con orgullo y dijo que eran su felicidad. Durante todo este tiempo habló, además, de lo que hablan los cubanos: de comida.

Me enteré de todas estas cosas porque estuvimos esperando la P16 dos horas. No exagero: fueron dos horas. Podría haber hablado más pero me dijo que ya no iría a donde quería ir, así que mejor se volvía a la casa. ¿Y qué hice yo 15 minutos después? Me volví a casa. Porque es cierto que acá el tiempo sobra pero muchas veces uno lo pierde haciendo cola.

9 DE JUNIO

## **UNA VISITA AL CENTRO FIDEL CASTRO RUZ**

•••

El Centro Fidel Castro Ruz queda en una de las partes más lindas de El Vedado. Es una casa construida en 1895 por una familia adinerada. La fortuna provenía de varios lugares: propietarios de bancos, grandes extensiones de tierra, inversiones en Brasil. La mansión está rodeada por un parque con plantas tropicales. Me tocó hacer la visita con un grupo de extranjeros provenientes de Estados Unidos, Italia, Portugal, Brasil y algunos cubanos. Nos condujo una señora que brindó la información con un orgulloso aplomo.

La restauración de la casa fue idea de Eusebio Leal, el «historiador de La Habana», de la misma manera que Martí es El Apóstol y Nicolás Guillén El Poeta Nacional. A los cubanos les encanta la figura retórica de la antonomasia. El mencionado Leal es responsable de la actual imagen de La Habana Vieja. También de que esta casa no fuera demolida.

En general, el interior del museo es sobrio aunque la pasión por la tecnología ha generado algunos excesos: en el pasillo de entrada hay un cartel luminoso con la cara de Martí que en menos de un minuto se transforma en la de Fidel. Con este tipo de ripios, el Centro enfatiza su función didáctica pues está dedicado a los cubanos que vienen a repasar su muy repasada historia, a ignorantes extranjeros como nosotros y a funcionarios extranjeros que posiblemente ignoren todavía más.

En parte es un museo de la vestimenta y los accesorios de Fidel. En una sala están las medallas que recibió a lo largo de su vida, en otra sus guayaberas, trajes e incluso la ropa que usó en Sierra Maestra. Miré de cerca el sweater marrón y noté que tenía agujeros y desgarrones en la lana. Imaginé a una persona gastando la prenda para generar el «efecto Sierra Maestra». También hay una réplica a escala del Granma, rifles y pistolas que supo empuñar en combate. En las otras salas abundan fotos y otras ropas como el famoso equipo de gimnasia que usó los últimos años antes de morir.

El recorrido concluye en un cuarto en forma de bóveda que tiene espacio para unas veinte personas. En una pared del fondo proyectan un video con personas ilustres que hablan del legado de Fidel: Barnet, Fernández Retamar, Eusebio Leal y Hugo Chávez. Luego pasan una serie de fotos del entierro de Fidel. Se ven personas con un pedazo de cartel que tiene su cara, una mujer con su nombre, pequeños grupos caminando mientras lloran. El video sigue con imágenes de Fidel cortando caña, abrazando a alguna persona, mostrándolo vivo. La banda sonora está muy bien elegida: tiene la misma tonalidad melódica que la música de *Cinema Paradiso* en el momento exacto en el que Toto mira los besos que la censura del cura hizo cortar. Busca el llanto. Cuando terminó el video, la guía intentó retomar su discurso pero se le hizo un nudo en la garganta, se disculpó y salió del lugar.

Para Borges, clásico es un libro que las personas leen con previo fervor y misteriosa lealtad. Algo parecido sucede con Castro: las personas se acercan a él con previa pasión. En el recorrido hay una gigantografía en la que se lo ve en los años sesenta. Joven, con la boca entreabierta, aparece mirando el futuro de la nación. Pero a diferencia de otras fotos, su cara y guayabera están formadas por palabras tomadas de sus discursos, como «revolución», «internacionalismo», «lucha», «sacrificio», «esfuerzo», «trabajo», «dignidad». Se trata de sustantivos abstractos que manifiestan valores. Deleuze y Guattari dirían que es un rostro formado por consignas, con el peso que tiene esa palabra para ellos. Es la rostridad de Fidel.



Un observador crítico puede realizar un desmontaje de la foto señalando que se trata de consignas que determinan de una manera autoritaria la palabra pública. Los artistas plásticos de los años 80 trabajaron de esa manera, demostrando la materialidad de ese tipo de ensambles ideológicos.

Me reconozco en esas miradas pero hay algo a destacar: la cara de Fidel soporta palabras demasiado grandes como «revolución», «internacionalismo» y «dignidad». Esos sustantivos no podrían funcionar en casi ninguna otra persona porque generarían un desfase demasiado grande entre el rostro y las consignas que lo dibujan. Podemos comprobarlo por la contraria. Imaginemos un opositor de Miami (recurrámos al lugar común) que voltea las palabras reemplazándolas por sus antónimos. Dibujaría el rostro con conceptos como «indignidad», «involución», «latrocinio», «tortura» y «autoritarismo». Al hacer eso confirmaría que se trata de un rostro demasiado poderoso porque está en condiciones de soportar también valores absolutamente negativos.

Castro fue uno de los líderes más importantes de la modernidad tomando en cuenta que en ese grupo entran unas cinco personas. Y eso se debe a algo que tiene que ver con la juventud y la épica. Podríamos decir que la Larga Marcha, la lucha de Ho Chi Minh, la Revolución de Octubre y la guerrilla que empieza en Sierra Maestra encarnan la épica del siglo XX. Pero mientras Lenin pertenece a un pasado remoto y Mao y Ho Chi Minh hablan lenguas inextricables, Castro está al alcance de la mano. Y no solo eso: sostuvo una dimensión épica hasta cuando se puso el buzo de gimnasia durante sus últimos días. Todo fue una épica, hermosa o aberrante, depende de quien la mire, pero no deja de ser una épica descomunal.

El mito de Castro no cayó cuando se derrumbó el campo bloque soviético, no cayó con el hambre del período especial, no cayó con la crisis de los balseros, no cayó cuando tuvo que cederle el poder a su hermano. Y cosa verdaderamente asombrosa, todavía se mantiene durante el gobierno del pálido Díaz Canel.

## FANTASMAS

• • •

Fui a los cines que rodean el Cementerio Colón. Son hermosos, de líneas modernistas, gastados por el paso del tiempo. Uno se imagina a directores como Kalatozov caminando por la alfombra roja, la crême de la crême de Mosfilm, gente yendo a ver la proyección de una película de Tarkovski en la Cinemateca que está en el cine 23 y 12, o Alfredo Guevara, el hombre que le dio marcha a la industria del cine en Cuba, apurado para programar alguna muestra o escribir un ensayo. Por todo esto, la zona está recorrida por un aire espectral.

En 23 y 12 se hacía una retrospectiva en homenaje a los 120 años del nacimiento de Cesare Zavattini, el guionista del director italiano Vittorio De Sica. En la inauguración se realizó una breve ceremonia en la que se repartieron los premios de un concurso de afiches sobre Zavattini. El público no era numeroso pero se ajustaba a un acontecimiento de ese tipo. Estaban la presidenta del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos, el embajador de Italia y uno de los responsables del instituto Zavattini. Cuando entré a la sala para ver la película, *Cuatro pasos por las nubes*, noté que las personas se habían dispersado: quedábamos apenas cuatro.

Después fui al cementerio Cristóbal Colón. Como la ciudad, el cementerio es una grandeza en decadencia: hay bóvedas, criptas y grandes estatuas en general desmejoradas. Mi propósito era

encontrar la tumba del escritor modernista Julián del Casal. Antes de terminar el siglo XIX escribió una obra llena de melancolía. La leyenda dice que se murió de risa durante una sobremesa. Posiblemente tenía tuberculosis: las carcajadas le rompieron un aneurisma y se desangró. Para encontrar la tumba confié en el GPS. Después de caminar un rato llegué a una cripta equivocada. Me alejé, di otra vuelta y el GPS me llevó al mismo lugar. Se trata del monumento a alguien llamado Francisco Rogell Sauri, un hombre rico del siglo XIX: una torre gótica, alegorías en mármol sobre las virtudes viriles y religiosas del finado. ¿Pero dónde está Casal? Con una última esperanza caminé alrededor del monumento y en una pared encontré una placa con la firma del poeta. Se trata, pensé, de todo un símbolo: la literatura es un discurso que el pobre escribe en la mansión del poder.

## **EL SOCIALISMO ES UN CUBANISMO**

• • •

Me hice amigo de Lisandra y César. Lisandra es la directora de la sala de exposiciones de *Casa de las Américas* y César es restaurador de obras de arte. Hoy almorcé con ellos frijoles negros con arroz. Los frijoles estaban recién hechos y tenían un poco del agua de la cocción, lo que les da un sabor delicioso. Luego tomamos café de la marca «Hola». Es el café que toman los cubanos, está rebajado con lentejas molidas. Me previnieron contra él, pero la verdad es que no es tan malo. Posiblemente en Argentina estemos acostumbrados a la cosa quemada que nos sirven en los bares.

Durante la charla les pregunté cómo hacían para vivir con precios altos y salarios bajos. Me dijeron que algunos tienen dos trabajos, otros reciben plata de familiares que están afuera. Sospeché que era el caso de ellos dos. César enseguida acaparó la conversación. ¿Cómo sobreviven los cubanos? Hay tres palabras clave que hay que conocer: el invento, el salve y la luchita. Esas palabras apuntan más o menos a un mismo lugar, la sobrevivencia, pero varían ciertos matices y tienen diferentes campos de aplicación.

Como se sabe, el Estado es dueño de todo lo que circula. Café, tabaco, productos de limpieza, harina, pescado, pollo, todo. ¿Cómo consiguen los miles y miles de pequeños comercios de Centro Habana la manteca, el arroz o el jamón? Ahí funciona el salve. El campesino está obligado a entregar la producción de ajos y solo

puede quedarse con un 10 %. Pero el campesino puede declarar menos vendiendo el remanente a los particulares. Provee al Estado y al mercado haciéndole una trampa al sistema. El Estado seguramente hace la vista gorda, acepta esa trampa porque si no la sociedad sencillamente colapsa. Por eso, agregó César, un puesto de trabajo no se evalúa solo por el salario sino también por el *salve*: ¿qué se puede sacar aparte del salario? Se pueden sacar cosas como clavos, hojas o un tacho de pintura. Por ejemplo, los trabajadores de Cohiba cobran una cantidad módica de dinero pero están en condiciones de sacar entre las ropas las hojas de tabaco, las cajas y armar algunos cigarros que venden a un precio más bajo para fumadores como mi amigo César.

La *luchita* es la oportunidad. Uno tiene trabajo pero también tiene que estar siempre atento. Pasa un turista y se le puede ofrecer cosas como ron, cigarros, muchachas y muchachos. En Argentina llamamos a esto «*rebusque*». El invento significa construir algo, crear algo, ponerse a hacer algo. Por ejemplo, César es restaurador de obras de arte, actividad que realiza de manera oficial y particular con materiales como alcoholes, aceites, etc., que compra en el mercado negro y que de algún modo fueron robados al Estado. Además, vende relojes soviéticos, es su invento. Si la *luchita* es el *rebusque*, para nosotros el invento es el «*curro*»: me armé un *currito*, vendo pulseras, o cosas por el estilo.

Después de almorzar fui con César a la casa. Vive en una casona hermosa de El Vedado, descascarada, aristocrática. En el interior hay una escalera, muebles de estilo, obras de arte. Cualquier rincón podría haber sido fotografiado para las tapas que hace Tusquets para las novelas de Padura.

Subió en un momento y me trajo 10 relojes. Compré un Bolstoc de 1958 producido en los años de Nikita Jrushev. Tiene 17 rubíes y es pequeño, con el *segundero* aparte. Me salió \$3000, es decir, U\$S 30. Mientras lo admiraba, sospeché que había estado conversando conmigo por amistad pero también porque es un hombre de la *luchita*.

Antes de terminar la compra, me contó que su primo montó en Miami un invento que consiste en alquilar cadenas de oro y trajes

Gucci y Armani a los cubano-americanos que vienen de vacaciones a Cuba. Pagan unos cuantos dólares por ese disfraz, se hospedan en algún hotel de cierta categoría, alquilan carro descapotable, se pasean por La Habana Vieja y pasan por las casas de los familiares. Después de diez días tirando manteca al techo, retornan a EE. UU., devuelven las ropas y se ponen a lavar más pisos de lo que les corresponde pagar la ostentación.

24 DE JUNIO

## **RANFIS**

• • •

Fui a una muestra de arte gráfico que se realizó en una galería situada en una casa del Vedado. Después de mirar la exposición y comer algo me llamó Yordani, un artista conceptual, para que me incorporara al grupo que estaba con él. Mientras charlábamos de diferentes cosas apareció Ranfis. 35 años, pelo rapado, barba y nariz gallega como la de Fidel Castro con quien comparte un cierto genotipo facial. Usaba una camisa azul marino con unas hojas amarillas tornasoladas, lentes negros, pantalones ajustados y zapatillas blancas de cuero. Al principio Ranfis se puso a hablar de los dictadores. Criticó a Castro, reivindicó a Bolsonaro, sostuvo que era válido armar a la población mientras hacía gestos, movimientos, caminatas. Miraba a veces para un lado en donde no había nadie mientras levantaba una mano o giraba como si fuera a abrazar a un conocido para luego volver a fijar los ojos risueños en los míos. Un actor en potencia, un performer, una de las personas más graciosas de las que conocí en Cuba con la que no comparto casi nada. Ranfis pasaba revista a la historia de Cuba desde las guerras de independencia a la actualidad, no podía parar de hablar y aportar datos. Con el celular me mostró las obras que estaba haciendo: óleos en colores monocromo de presidentes mexicanos que tienen encima una piedra gigante que está a punto de caer. En un momento lo perdí de vista porque tuve que hablar por teléfono con

mi mujer. La fiesta se disolvía y empecé a saludar pero cuando me acerqué a Ranfis (se llama así: me mostró el carnet de identidad) me dio la mano, me pasó un brazo por los hombros y empezó a hablar de Fidel, su inteligencia, la habilidad para manejarse en el plano internacional, los pactos con Videla y Franco. Añadió un detalle gracioso que seguro no es verdad pero debería serlo: Castro volvió a fumar cigarros para espantar a Honecker y Breznev quienes tenían la bochornosa costumbre de besarse en la boca con altos dignatarios de los países hermanos. Así también evitaba los besos de Arafat a quien saludaba de lejos mientras, por lo bajo, inundaba Israel con naranjas cubanas.

Al terminar la muestra bajé hacia el malecón con Ranfis, Yoandri y el autor de la pieza del celular. Ranfis es diseñador gráfico en la editorial Abril, que imprime *El Caimán*. Lo conoce todo el mundo. Hablamos de Fowler y Omar Pérez. Luego empezó a explicarme el mecanismo de Seguridad de Estado. Antes, me dijo, el sistema tenía como centro las viejas que arrastraban carritos de helados: esas eran las que te chivateaban y después te citaban en tu Comité de Defensa de la Revolución y te hablaban más o menos así:

—¿Pero qué pasa, compañero Ignacio? Me está aflojando en los ideales revolucionarios. ¿Cómo puede ser? ¿Qué ha pasado? Mire esos zapatos y ese jean que tiene puestos. ¿Quién se los dio?

—Me los dio mi padre, compañero Ranfis

—No compañero Ignacio, se los dio la Revolución. Y mire usted, como así, perdiendo las ideas marxistas...

Ranfis hablaba a los gritos, con gestos y pasos largos. De pronto se fingía perseguido por micrófonos, se paraba en una mata, bajaba la voz, miraba entre las hojas y se iba a la otra punta por temor a las escuchas.

Llegamos a un local, pedimos tres pizzas con cervezas. Ranfis me dijo que esa pizza (\$180) equivale al sueldo de un día de una persona. Agregó que seis cervezas significan un sueldo mínimo en Cuba.

Antes de despedirnos se puso a hablar de Batista. Fue el que construyó La Habana porque al final de su mandato, dijo, utilizó las

reservas del Banco Central, creado por Prío Socarrás, para financiar la construcción, movimiento que Castro destruyó congelando los alquileres y eliminando el tipo de propiedad capitalista sobre los inmuebles. Mientras caminábamos hacia Línea pasó a comentar un libro que se llama *El soviét caribeño*, de Carlos Reynel Aguilera. El texto está prologado por el Tata Yofre y el autor revela que desde los años 40 Stalin había preparado un grupo secreto de bolcheviques para infiltrar la administración y el ejército cubanos. Según contó Ranfis, uno de ellos era Alfredo Guevara, el creador del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, de quien se dice fue el encargado de introducir a Castro en el marxismo. Hace poco lo imaginé caminando por la zona de los cines. Adoctrinado de esa manera, Castro actuó a dos puntas para tomar el poder en nombre del comunismo internacional.

—Bueno, les dije, me tengo que ir pero antes una pregunta: ¿esto se cae o no se cae?

Se rieron pero, como era de esperar, Ranfis se puso a gritar:

—Tú no escuchaste lo que te dije, *asere*. No hay posibilidad, mi hermano, porque ese grupo es la pinga, la pinga de la pinga, ese grupo es el que controla todo, los tiene a todos *empingaos*, hace 91 años *asere*, 91 años, 91.

28 DE JUNIO

## VÍCTOR FOWLER

•••

A la mañana fui a entrevistar a Víctor Fowler. Es uno de los escritores más importantes de Cuba. Empezó a publicar en los años 80, formó parte del grupo PAIDEIA, que introdujo los principales temas y debates del posmodernismo, y trabajó en revistas como *El Caimán Barbudo* y *Naranja Dulce*. De esa época son sus primeros libros de poemas, *El próximo que venga* (1986) y *Estudios de cerámica griega* (1990) que estuve leyendo estos días en la Biblioteca junto con otros como *Confesionario* (1993), *Descensional* (1994), *Visitas* (1996) y *Caminos de piedra* (2001) y *La ciencia de los instantes* que compré en una librería de usados. Su obra tiene un sentido nostálgico, algo que me pareció notable en sus primeros textos, escritos cuando la Revolución estaba en pie, como si de alguna manera Fowler estuviera presagiando lo que vendría después.

Me recibió en su casa de Cojimar. Pasamos al porche, que él u otro cerró con vidrios y alguna pared complementaria instalando después una biblioteca y dos mecedoras. Intuyo que ahí recibe a personas como yo, evitando que ingresemos a su mundo privado. Desparramó su voluminoso cuerpo en la mecedora y de tanto en tanto hablaba con los ojos cerrados. Tiene un piercing en una ceja y tatuajes desgastados en ambos brazos.

Me contó que la literatura cubana superó la estética cerrada que venía de los 70 con la lectura de Lezama Lima y Borges;

luego agregó a los posmodernistas, como llama a los teóricos de la vanguardia francesa. Me contó que tuvo en sus manos los dos tomos de los *Escritos* de Lacan, en edición de Siglo XXI, a fines de los 80, tomándolos prestados de la biblioteca de Basilia Papastamatiú, una argentina de procedencia griega que estuvo cerca de *Tel Quel* y luego se radicó en Cuba. Siento emoción cuando alguien me habla de los *Escritos*. Pienso que es como cuando uno saca la foto de su hija y el que escucha quiere sacar la suya. Quise decirle que esos dos tomos son los libros más valiosos que tengo, los que más leí y quiero.

—Alcanzan dos o tres libros nuevos para encender la mecha del cambio cultural —me dijo Fowler—. Eso pasó en los 80 con los autores de los que te hablo.

—¿Cómo los conseguían?

Había varias fuentes. La biblioteca del Centro Alejo Carpentier, la nutrida y actualizada biblioteca de Papastamatiú y, por último, el robo. En una de las ediciones de la feria, dedicada a México, llegaron los doce tomos de las obras completas de Octavio Paz. Los cubanos estaban en pleno fervor posmodernista pero también en plena crisis a causa de la caída del Muro. Como los robos de libros se habían generalizado, la feria estaba fuertemente custodiada. Por otra parte, las obras completas de Paz eran demasiado voluminosas. Doce tomos no entran debajo del brazo. Entonces a un escritor se le ocurrió una idea genial: fue poniendo los libros en unas macetas, debajo de las plantas. Nadie supo cómo desaparecieron pero al terminar la feria el escritor fue al vivero a buscar su botín.

Durante la charla, Fowler cerraba los ojos y hablaba de historia y literatura cubanas. En un momento me confirmó algo que vengo pensando desde hace tiempo. Cuando se cayó el sistema soviético se cayó la economía cubana pero también la noción de mundo que ellos tenían. Fowler recordaba el ingreso de las mercaderías soviéticas, los autos, los viajes de los becarios, la idea de que lo extranjero imaginado era en ese momento el bloque soviético. Ahí se viajaba, de ahí llegaban las novedades tecnológicas, a partir de esa referencia los cubanos configuraban una idea de mundo. Después del

derrumbe, no solo eso ya no está: no queda una noción de mundo que lo reemplace. Ahora me doy cuenta de que Fowler dice esto en su poesía. No hay mundo. El signo de esa desaparición es la obra Bruno Latour. Latour rechaza una sociología basada en la hipótesis de que existe la sociedad. Sostiene que se trata de una petición de principio porque el argumento presupone que la sociedad es un todo organizado a partir de una razón histórica, un espíritu de clase, una lógica determinada, un destino. Para él, la sociedad no es un supuesto del que hay que partir sino aquello a lo que hay que llegar. Pero nunca llega, porque lo que encontramos es una red incompleta y en constante mutación de lenguajes, afectos y objetos. No hay mundo: hay una red abierta y diseminada. Eso es el capitalismo actual. Y eso, según Fowler, es lo que queda de Cuba.

5 DE JULIO

## OMAR PÉREZ

• • •

Omar Pérez es un escritor prácticamente desconocido en Argentina. Poeta, traductor y ensayista, nació en 1964 y tuvo un rol fundamental en las revistas de las que me ocupó durante fines de los años 80. Hizo varias traducciones de escritores norteamericanos e ingleses entre los que se cuenta Dylan Thomas. Vivió tres años en Holanda. Aprendió la lengua y publicó una antología de poetas neerlandeses, *Lo que es*, que abarca desde un poema anónimo del año 1100 a Nanne Timmer, nacida en 1971. Si no se conoce en Argentina, y lo mismo cabe decir de Víctor Fowler, es porque volvió a Cuba y se quedó en el país. De la literatura cubana conocemos lo que se publica en las editoriales extranjeras y, si bien es posible decir esto mismo de cualquier escritor de América Latina, en Cuba la industria editorial está muy limitada y tiene inmensos problemas para exportar su producción.

Hace unos días hablé con él por teléfono y convinimos en que le haría una entrevista. Con este propósito, me levanté temprano para repasar las preguntas y, después de almorzar, caminé hasta la casa, enfrente del malecón, a unas seis o siete cuadras de la mía. Estuve mirando un rato el edificio de dos o tres pisos antes de entrar. Luego crucé la avenida, pasé la puerta, subí unos escalones hasta una puerta de reja y toqué uno de los dos timbres que estaban como atornillados a una madera. Omar bajó enseguida con un short azul y una

remera. Subimos, pasamos por un pasillo de techo muy bajo en el que había un pequeño estante con libros. Atravesamos una puerta y salimos a un hall al que daban varias puertas. Esa era su casa. Supuse que había cerrado el palier, apropiándose. Había otra escalera que daba al segundo piso en donde está el departamento de su madre.

Omar es también artista plástico y músico. Me presentó a su novia, Niurka, y pasamos a un taller con obras de ambos colgadas en las paredes. La ventana abierta da al malecón. El mar es inmenso porque no hay mar más inmenso que el de una isla. Había una gata de meses dando vuelta, blanca con manchas café con leche. Trajo café y nos sentamos a charlar.

Al principio salió el nombre de Leonard Cohen. Me dijo que lo habían estafado y por eso tuvo que volver a cantar. Yo conocía el dato, aunque mis informaciones no son muy precisas porque tampoco es que estoy tan al tanto de su carrera, así que agregué que la estafa se había producido cuando se volvió monje budista, decisión que siempre me pareció muy rara. Omar me miró a los ojos y dijo que claramente no había sido por eso. Miré sus pies: estaba descalzo. Conecté rápido con sus poemas y me di cuenta de que él practicaba algo oriental. Mal arranque, pensé.

Mi sentido del humor viaja más rápido que mi capacidad de comprensión. El tema de lo oriental volvió un poco más tarde. Como de la nada me ofreció mate. Yo había tomado mate por última vez a fines de mayo así que le dije que sí con incredulidad. Se fue del taller y volvió con un mate, yerba, bombilla y una cafetera con agua en un punto correcto de temperatura. Hacía casi treinta grados a las 7 de la tarde, estaba frente al Malecón, todo era encantador y levemente irreal. Entonces le pregunté cómo es que tenía mate.

—La persona que trajo la meditación zen a Cuba es argentino. Es un maestro extraordinario. De hecho es de tu ciudad —yo le había dicho que era de Mar del Plata cuando me preguntó. Pensé que era un nombre hueco para él.

—Ah qué bárbaro —le respondí—. De Mar del Plata también es el hombre que trajo el yoga a la Argentina. Hace poco lo metieron

preso porque regenteaba un hotel para hacer las prácticas y en realidad tenía sometidas a las personas. Había armas, drogas y violaciones —de esto último no estoy seguro, pero si uno empieza de ese modo es inevitable terminar así.

—...

—Claro, son personas diferentes ¿no? ¡Ja Ja!

Omar no sonrió. Supongo que aceptó ese «ja ja» como una forma de salir del paso. Sentí que estaba naufragando enfrente del mar. Me dije «claro, Omar practica meditación zen». A partir de ese momento remonté la entrevista. Ayudó el ron y que empezáramos a hablar de literatura. Omar miraba cada tanto hacia delante, sonreía y respondía. Hablamos de su obra. Luego me preguntó por el significado argentino de la palabra «mango». Nunca me había dado cuenta de que esa palabra también es el nombre de una fruta. Me pidió que le dijera las diferentes formas de llamar a la policía: cana, yuta, rati, milico, covani, bigote, gorra, botón, etc. Me contó sobre sus días en *El Caimán Barbudo*, me trajo unos libros para mostrarme y me regaló dos: *Sobras escogidas*, maravilloso título en el que recoge textos descartados de otros libros, y la antología de poesía neerlandesa.

A la noche llegaron una serie de escritores junto con un flaco alto de pelo largo y barba que trabaja como estatua viviente en La Habana Vieja. Todos leyeron poemas y Omar tomó unas cajas que fabrica él que son como un cajón peruano y se puso a tocar ritmos mientras cantaba varios de sus textos. Volví muy tarde con hambre y mareado. Porque lo único que había era ron, maní tostado y unas pizzas que fui a comprar con una de las escritoras de la reunión.

14 DE JULIO

## UNA LECTURA DE POESÍA

•••

Fui a una lectura de poesía en el centro Dulce María Loynaz. Me había avisado Ahmel, la organizaba el Café Literario Aire de Luz, dirigido por Basilia Papastamatiú. El centro Loynaz es una gran casona típica del Vedado, pintada de color crema, con columnas y un enorme zaguán. En el patio había unas treinta personas debajo de un techo de lona. Enseguida busqué a Ahmel que me fue presentando a los que estaban en el lugar. En un momento apareció Omar Pérez con Niurka que vinieron a saludarme. También conocí a Jamila Medina Ríos que iba a leer junto con Soleida Ríos. Jamila me dijo que me había visto en la Biblioteca Nacional. O mejor dicho, había visto un altercado que tuve con un empleado. El caso es que yo empecé a pedir de manera desordenada números de la revista *Criterios* que salía de manera muy irregular, tenía huecos importantes en algunos años. El hombre del depósito subió desde el subsuelo para increparme totalmente enojado. Le expliqué que me interesaba averiguar cuándo se cortaba la publicación porque en Cuba se quedaron sin papel en 1990. La explicación lo serenó. Aunque yo no lo sabía, Jamila estaba mirando la escena. Me dijo que se había sorprendido de ver a un argentino o uruguayo haciendo un trabajo de investigación en La Habana.

Presentó a las escritoras Basilia Papastamatiú. Aunque ya la conocía de leer algún texto suyo, quisiera recordar la breve biografía

que pude reconstruir en Cuba. Papastamatiú es de origen griego, aunque sus padres se radicaron en Argentina siendo ella muy chica. Luego estudió en Francia, en donde se hizo amiga de Severo Sarduy y frecuentó el círculo de *Tel Quel*. Finalmente se mudó a Cuba, en donde lleva viviendo treinta años. Lo más sorprendente al escucharla hablar es que no perdió la lengua argentina. A la gente le dice «vos», lo que vuelve ridículos mis intentos de usar el «tú» y transformar la «ll» y la «y» en «i». De este modo, Basilia revelaba que la costumbre de la lengua y el oído es más fuerte que la vista y la memoria. Incluso tenía un modo de exponer muy argentino: era descontracturada, armaba y enseguida rompía los protocolos que se siguen en estos casos, asumiendo el aire solemne que se requiere en las presentaciones de este tipo sin dejar de dar manotazos para disolver algo tan acartonado. Se atribuye a Heidegger la tesis de que el alemán es la casa del ser. Debajo de esa fantochada se esconde una verdad: el sujeto está determinado por la lengua, por el oído y la forma del decir que se desarrollan hasta cierta edad de la vida, como si Papastamatiú nunca hubiera salido de su país de origen y se contactara con su entorno por medio de esa nube argentina.

A pesar de mi imperfecta capacidad de atención, las lecturas fueron muy buenas. Los poemas de Soleida Ríos me encantaron al igual que los de Jamila. También leyó Alesandra Molina un poema cercano al de la usura de Ezra Pound, algo en lo que coincidimos todos, como pude comprobar después. Todos eran textos enumerativos. Jamila leyó uno sobre Rhode Island en donde vive ahora porque estudia allá su doctorado. El texto iba nombrando su entorno cotidiano pero no componía un cuadro o un paisaje porque un paisaje denota unidad, equilibrio, mientras que el texto de Jamila estaba hecho de impresiones sueltas, palabras que refieren a tal o cual cosa, fibras en las que se deshace la imagen, como si la vida no se pudiera integrar. En ese momento me pareció que la poesía era eso: abandonar la falsa unidad y percibir las fibras de la percepción.

Al terminar hubo un breve diálogo. Recuerdo especialmente que un hombre levantó la mano y se puso a hablar del neobarroco.

Después me enteré de que era Ricardo Pérez, uno de los autores centrales de *Diáspora(s)*. Sonriente, de pelo anaranjado, ensortijado, corto y huidizo. Primero dijo que estaba encantado con todo porque demostraba la importancia del neobarroco en la actualidad. Enseguida se refirió al impacto que esa poética tuvo en los años 80. Para Richard, como le dicen acá, el neobarroco redefinió la literatura hasta la actualidad. Me interesó su comentario porque no se me había ocurrido algo así, aunque escuchándolo me di cuenta de que se podría pensar así porque tengo una atención muy mala durante las lecturas. Pero más me interesó lo que dijo después. Dijo que el neobarroco provenía de Argentina. Así como se lee: para él era una creación argentina. Al parecer, en los años 80 Basilia había difundido la obra de Néstor Perlongher, Arturo Carrera y los Lamborghini. Y eso había generado un vuelco enorme en la literatura cubana. Pero a la vez, opinaba Pérez, Cuba había tenido la capacidad de arraigar esa poética y convertirla en algo propio.

Escuchaba totalmente sorprendido. Casi levanto la mano para establecer un diálogo con Pérez porque para nosotros (y en ese nosotros incluyo a Carrera y Perlongher) el neobarroco es una creación cubana. La referencia central es Lezama Lima. El contacto entre los dos países lo produce Sarduy, que publicó *Escrito sobre un cuerpo* en Argentina en un momento en que los lacanianos se sintieron fuertes y se desgajaron del peronismo izquierdista de *Los libros* formando *Literal*. Sarduy llevó el neobarroco a Argentina. Revisado de esa manera, Pérez estaba equivocado porque el circuito es ese. Pero un circuito solo es verdadero para los que están en él. Los cubanos aparentemente vivieron otra cosa. No conocieron a Sarduy porque no publicaba en Cuba, estaba exiliado. En cambio, es claro que los escritores argentinos se apropiaron de Sarduy. Gente como Carrera y Perlongher se impulsaron con el giro teórico que este le había dado y desarrollaron algo completamente nuevo que llegó a Cuba transformando la forma de pensar la literatura.

22 DE JULIO

## JAMILA MEDINA RÍOS

•••

Hoy me encuentro con Jamila para visitar el Palacio de los Generales situado en la Habana Vieja. Me levanto a las 8 y después de desayunar tomo Neptuno. Se trata una calle muy transitada de Centro Habana. La gente camina por ahí desde muy temprano, toma algo en alguno de los timbiriches precarios que se abren a cada paso mientras pasan autos, carros americanos, taxis nuevos, bicitaxis, motos a combustión y eléctricas, personas, gatos, perros; a las 9 de la mañana hay gente sentada en las estrechas veredas por donde no pasan tres personas juntas: escuchan trap a todo lo que da cantando con exactitud la letra. Neptuno es una calle viva, sucia y hermosa. Los negocios tienen el aire de los negocios soviéticos, con vidrieras despojadas, las pocas mercaderías que exhiben colocadas sin ningún cuidado, con una desidia típica del que no gana nada poniéndolas bien. Es como si trataran de mostrar la convicción de que las cosas tienen el valor justo, no hace falta inflar lo que son. En la intersección con Galiano se ve un lugar que se llama *Fin de siglo* y está convenientemente cerrado, o eso parece, porque se trata de un local alto como un cine, pintado de azul, con el nombre en cursiva, debajo una pared blanca en donde hay una puerta que nunca vi abierta. ¿Qué será *Fin de Siglo*? ¿Qué habrá sido? ¿Cómo se les ocurrió un nombre tan decadentista? Más acá o más allá está *La época*, una tienda gigante que pertenece a otro tiempo. Lezama Lima

andaba por ahí pero no veía ni escuchaba este tercermundismo gritón. Hay una diagonal o algo por el estilo en donde estacionan muchas bicitaxis: ahí llegan los carros de frutas o de aguacates, por lo general empujados por negros, que se mueven como si estuvieran dándole cuerda a la ciudad, porque ahí está el verdadero motor de La Habana, es el lugar donde las personas ponen los cuerpos para empujar. Es como un poema de Jamila: no hay un cuadro unificado de ese esfuerzo, unos empujan un carro de fruta, otros venden café, el de más allá tiene un puesto de refrescos con botellas de distintos colores, hay personas que corren de un lado al otro, todos buscan lo suyo, la luchita, el invento, y hay algo, esa magia que se llama ciudad que brota como una neblina de los cuerpos de esas personas.

Llegué pasadas las 9. El Palacio de los Capitanes Generales es un edificio enorme de piedra maciza construido en el siglo XVIII. Ahí se hospedaban los capitanes generales, de ahí su previsible nombre. En la entrada hay una estatua de bronce de Eusebio Leal, el Historiador de La Habana. Se encuentra caminando con paso apurado, lleva unas carpetas y saluda con la mano derecha. Se lo ve activo, como si estuviera yendo a un edificio al borde del derrumbe para sostenerlo con pilotes. Busqué su mirada en el bronce: descubrí que es imposible ser mirado por él, los ojos te atraviesan porque miran más allá, al horizonte de la plena y absoluta reconstrucción de la ciudad.

Cuando llegó Jamila entramos al museo pero resulta que estaba cerrado por restauraciones. El problema es que hay partes del edificio que están por derrumbarse. Cuando salimos de la recepción volví a mirar la estatua de Eusebio Leal: no está yendo a mantener la ciudad en pie; de manera más humana, huye del lugar, aterrado de que una piedra le parta la cabeza.

Cambiamos de planes y fuimos entonces a Regla, para lo cual hay que cruzar la bahía en ferry, algo que siempre había querido hacer. Antes de subir, tenía en la mente dos imágenes de ese entorno y de la embarcación. La primera se encuentra en *PM*, un cortometraje de 1960 en el que unas personas de Regla bajan a la noche para bailar en los bares del puerto que desaparecieron poco después del triunfo de

la Revolución. La otra es una historia más reciente y dramática que una vez me contó M.: en el período especial una persona secuestró el ferry para huir de Cuba. La guardia costera (eso entendí) interceptó el catamarán y lo hundió llenándolo de agua que tiraron con mangueras a presión. Ahogaron a los pasajeros, entre ellos varios niños, que buscaban un destino mejor. M. me dijo que conocía a un hombre que había participado del operativo. Hace muchos años se habían ido a vivir a Alamar con artistas e intelectuales porque buscaban darle al barrio una vida cultural. Me contó que el hombre no podía dormir, no podía comer, no podía hacer nada sin tomar pastillas. Me imagino que escucharía el ruido del agua metiéndose en el barco, ahogando los gritos y las personas.

Subimos al ferry hablando y ella fue poniéndole nombre e historias a los lugares por donde pasábamos. Cuando bajamos en Regla fuimos a la iglesia y me contó que la religión yoruba está articulada con el catolicismo de modo que hay rituales como el bautismo que es necesario cumplir. Fuimos al cementerio y me contó parte de su vida. Sus padres se conocieron en Irak en una misión internacionalista a principios de los años 80. Era el comienzo de la guerra con Irán que duró ocho años. Su madre es médica y el padre fue un hombre de la Inteligencia. El padre participó del disfraz del Che cuando partió a Bolivia. Yo había leído sobre eso en la biografía de Jon Lee Anderson. Al Che le depilaron la cabeza pelo por pelo para convertirlo en un hombre calvo. Al terminar estaba tan cambiado que los hijos no lo reconocieron cuando se fue a despedir. Después de estar en Irak, los padres de Jamila se fueron a Holguín, en donde nació ella. A los pocos años se instalaron en Egipto y Jamila fue a una escuela soviética en donde hablaban ruso. Retornaron a Cuba por 1986 o 1987 y ya no se volvieron a ir.

Cuando regresamos a La Habana, me acompañó a comprar regalos al Mercado de San José. Compré un sombrero elegante que los cubanos detectan como de turista. Luego nos sentamos en un banco del mercado, sacó una botella de vino dulce, un tamal, unos huevos duros y seguimos charlando.

Mientras compraba los últimos regalos me dijo como al pasar que Omar Pérez era hijo del Che Guevara. Me quedé frío.

—¡Pero si su apellido es Pérez!

—Ignacio, es un hijo extramatrimonial.

Me dijo todo esto mientras miraba ropa, con el tono que usaría para contarme que los mangos que compró estaban pasados.



27 DE JULIO

## UN GRAN LUGAR

•••

Fui al Floridita. Es un bar que queda a la entrada de La Habana Vieja, en la calle Obispo y Monserrate, famoso porque concurría Hemingway a tomar daiquirís, cosa que los administradores recuerdan con una estatua del escritor acodado en la barra. Fuera de ese ripio, el lugar está gloriosamente vivo, lo que en Cuba significa ruidoso. Me senté en la barra, detrás de la cual se encuentran las licuadoras con las que hacen los tragos, de modo que tomé con rapidez, recibiendo cada tanto salpicaduras de los aparatos.

Después de algunos daiquirís, fui a la presentación de *Ella escribía poscrítica*, un libro célebre de los años 90, de Margarita Mateo Palmer. El evento se realizó en *La marca*, un local de tatuajes de La Habana Vieja que el dueño convirtió en centro cultural. El lugar está lleno de pósters, postales, dibujos, objetos, música, mucho color y vida. Mateo Palmer es una mujer de unos 70 años que igual se sentó en el piso junto con unas 40 personas, la mayoría estudiantes de Letras, Ahmel, Cirenaica, alguna que otra persona de más edad y yo. Se proyectó un documental de unos 20 minutos que realizó la autora en los años 90 sobre el mundo del tatuaje. Tenía algunas imperfecciones técnicas pero estas le aportaban un color a la película. Los testimoniantes aparecían en eventos como recitales de heavy metal dándole misticismo al tatuaje en una época que se pensaba que era una marca de perdición. Son cosas que nos resultan lejanas

y producen una risa a veces nerviosa, otras feliz, como cuando nos vemos en fotos viejas y descubrimos que esa ropa que tanto amábamos se ve deslucida.

Presentó el video una estudiante de letras. Rulos, vestido rojo, dientes grandes y blancos. Usó el lenguaje inclusivo, dijo que le gustaría ver la historia desde una perspectiva posmoderna que es la historia de los cuerpos y las pequeñas cosas. Mientras hablaba miré un cartel pegado en la pared que decía «Menos policía/Más espacios culturales». Estaba en un gran lugar.



29 DE JULIO

## LA HABANA

• • •

Me desperté sin querer en mi última mañana en La Habana y me puse a armar las valijas con nostalgia anticipada. Ayer a la tarde fui con Jamila al barrio La Víbora y paseamos por la Calzada de Jesús del Monte. Es una iglesia a la que Eliseo Diego le dedicó uno de los libros de poesía más famosos de La Habana. Jamila hablaba y coincidimos en nuestra admiración por Eliseo Diego. Recuerdo un texto de Lezama, «Un día en el ceremonial», en el que habla de *Orígenes* pero enseguida se transforma en un ensayo sobre Eliseo Diego, porque cuenta que todos se deslumbraron cuando leyó *Por la calzada de Jesús del Monte* en una de las reuniones que hacían en la iglesia del padre Gaztelu, lo que revela la admiración que tenía Lezama por él. Subimos la pequeña loma en donde está la iglesia y descubrimos el pasto crecido por todos lados con esa violencia tropical que rompe las veredas y lo hace brotar en los huecos de cualquier cosa. El camino está regado de ofrendas yorubas o de variaciones de esa religión; la Iglesia es hermosa pero está en ruinas, como casi todo en La Habana, y más en La Víbora, barrio detrás de La Habana Vieja, formado por casonas coloniales desvencijadas. La gente saca algunas sillas o se sienta en el hall, detrás de las columnas majestuosas, tomando algo mientras charlan un rato, sin dinero y con despreocupación, como si los días vinieran solos. La Habana se estira como un animal averiado. ¿Cómo voy

a irme de acá? Paramos en las plazas, el pasto largo y los bancos y canteros desvencijados, para comer mamoncillos, una fruta pequeña de cáscara dura con sabor parecido a la uva blanca, de consistencia cremosa y una semilla grande. En las plazas de La Víbora no cortan el pasto ni arreglan nada pero la gente charla, come o duerme bajo la sombra de los árboles porque la sombra en La Habana es más fresca que en cualquier otro lugar, la temperatura baja bien, como si el calor brotara solamente del sol. Charlamos con Jamila de las cosas que nos quedan por charlar. La Habana está rota, es ingrata pero es hermosa porque están Omar, Niurka, Jamila, Basilia, César, Lisandra, R., M.; exiliados en Cojimar, pero es como decir acá no más, están Ahmel, Cirenaica y Víctor. No digo esto porque sean mis amigos sino porque de entre tanto escombros surgieron ellos y lo que hacen y escriben. La Habana es el ruido de Neptuno que se desliza sobre lo que está averiado, es la ciudad que se crea como un aura sobre los cuerpos que empujan las cosas. ¿Cómo voy a irme de acá? Me voy a convertir en un fantasma sin ciudad. ¿Uno se puede ir de los lugares? Te odié al principio. ¿Cómo me voy a ir? Pero al final llegó el taxi, abracé a Jamila y me fui.

## **SOBRE EL AUTOR**



FOTOGRAFÍA:  
DIEGO IZQUIERDO

### **IGNACIO IRIARTE**

Nació en Mar del Plata en 1976. Es doctor en Letras, investigador del CONICET y profesor en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Se especializa en literatura y cultura latinoamericanas. Publicó *Del Concilio de Trento al sida. Una historia del Barroco* (Editorial Prometeo). Desde hace un tiempo analiza la crisis del comunismo alrededor de la caída del muro de Berlín y el impacto que tuvo en la vida cultural cubana. En 2022 realizó una estancia de investigación en La Habana y llevó un diario. Este libro contiene algunas entradas que intentan captar la vida en esa ciudad.

# ÍNDICE

- 5 27 de abril. **¡Bienvenidos a Miami!**
- 7 28 de abril. **Una revolución del dinero**
- 10 29 de abril. **Historias de La Habana**
- 14 2 de junio. **El museo y la calle**
- 19 3 de mayo. **Playa adorada**
- 22 9 de mayo. **Duane Michols y el pan**
- 24 10 de mayo. **El loco del barrio**
- 25 12 de mayo. **¡Sálvenme!**
- 28 15 de mayo. **Permanencias**
- 29 18 de mayo. **Martí te espera**
- 32 21 de mayo. **Ahmel Echevarría  
y Cirenaica Moreira Díaz**
- 36 25 de mayo. **Fiesta**
- 40 2 de mayo. **Mucho tiempo**
- 42 9 de junio. **Una visita al  
Centro Fidel Castro Ruz**
- 46 11 de junio. **Fantasmas**
- 48 22 de junio. **El socialismo es un cubanismo**
- 51 24 de junio. **Ranfis**
- 54 28 de junio. **Víctor Fowler**
- 57 5 de julio. **Omar Pérez**
- 60 14 de julio. **Una lectura de poesía**
- 63 22 de julio. **Jamila Medina Ríos**
- 67 27 de julio. **Un gran lugar**
- 69 29 de julio. **La Habana**
- 71 Sobre el autor

## COLECCIÓN **QUILOAZAS**

dirigida por Larisa Cumin

A orillas del Quiloazas se fundó por primera vez la ciudad de Santa Fe. El rollo vino a quitarle al pueblo y al río más que el nombre. La palabra como acto hace revivir, porque de ella —como del río— se tira y se saca otro modo de nombrar, fundar y habitar.

# V

**VERA** editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa de Lectura Ediciones UNL.



---

Iriarte, Ignacio

¡Bienvenidos a Miami! : fragmentos de un diario de La Habana / Ignacio Iriarte. - 1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2026.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera. Quiloazas)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-692-441-2

1. Diario de Viajes. 2. Historia de América. 3. Socialismo. I. Título.  
CDD 910.4

---

© Ignacio Iriarte, 2025.

© de la editorial: Vera cartonera, 2025.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL  
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina  
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–  
CompartirIgual 4.0 Internacional

*Directora Vera cartonera:* Analía Gerbaudo

*Asesoramiento editorial:* Ivana Tosti

*Corrección editorial:* Félix Chávez

*Gestión digital:* Programa Bibliotecas UNL

*Diseño:* Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral ([www.huertatipografica.com](http://www.huertatipografica.com)).